

Carta enviada a Trento desde la ciudad pontificia de Bolonia, dirigida a Gianpietro Carafa, miembro del Concilio ecuménico, fechada el 27 de julio de 1546.

A mi reverendísimo señor Giovanni Pietro Carafa.

Muy honorable señor mío:

Las noticias llegadas a Bolonia desde Trento en estos meses no pueden sino alegrar a este corazón celoso cumplidor de su deber.

No solo, en efecto, ha visto el Emperador esfumarse sus esperanzas de que los luteranos tomaran parte en el Concilio, sino que ha tenido que asistir también a la definitiva condena de la teología de los protestantes, de la doctrina sobre el pecado original y de la justificación por la fe. Al día de hoy los príncipes protestantes de la Liga de Smalkalda, su adversaria, deben ser considerados apóstatas y enemigos de la religión; y de este modo se vuelven inútiles las esperanzas de Carlos de retomar el control de toda Alemania y ganar a los príncipes alemanes para su lucha contra el Turco.

Los esfuerzos del cardenal Polo contra los decretos conciliares que sancionan la separación definitiva de los luteranos de la Santa Iglesia Romana han resultado vanos y tal vez sea esta la mayor victoria de Vuestra Señoría y del partido de los guardianes de la ortodoxia.

Le confirmo, en efecto, a Vuestra Señoría que los motivos de salud aducidos por el cardenal inglés para el prematuro abandono de los trabajos conciliares no son sino una mera excusa: su retirada ha estado dictada más por la necesidad de volver a Viterbo para lamerse las heridas que por las fiebres alpinas.

Mas los largos años al servicio de Vuestra Señoría enseñan que no hay que cantar victoria antes de que el enemigo esté totalmente vencido. Reginaldo Polo sigue siendo el preferido del Emperador, el hombre en el que el Habsburgo tiene depositadas las esperanzas de un cambio de rumbo respecto a los protestantes y no cabe duda de que él dirigirá sus intrigas para facilitar la carrera y la fama del inglés.

Por eso la excomunión de El beneficio de Cristo por parte de los padres conciliares proporciona a Vuestra Señoría un arma más para minar las solapadas estrategias de los espirituales y de los simpatizantes de Calvino dentro de los territorios papales. La intención que me fuera anunciada por V.S. de poner a trabajar a la Congregación del Santo Oficio en la redacción de un Índice de Libros Prohibidos, se vuelve hoy una necesidad prioritaria. El peligroso librito de Bene-

detto de Mantua, en efecto, ha continuado circulando y fecundando las mentes predispuestas a la herejía, hasta el punto de que en la actualidad podría bastar con descubrir a quien lo posee para identificar a los simpatizantes de Polo y acusarlos. Yo mismo estaría ya en condiciones de proporcionar a la Inquisición numerosos nombres.

Pero da igual. Por el momento tal vez sea suficiente con disfrutar de las victorias inmediatas, y esperar a valorar lo que conviene hacer cuando este entusiasmo se haya aplacado, dando paso a la cordura.

Me encomiendo a la gracia de Vuestra Señoría y, en espera de nuevas directrices, beso sus manos.

De Bolonia, el día 27 de julio de 1546,
vuestro fiel observador,

Q.

El diario de Q.

27 de julio de 1546

Lutero ha muerto.

Reginald Pole se va derrotado de Trento.

El Emperador vomita bilis.

El círculo viterbés y todos los criptoluteranos están muertos de miedo.

El beneficio ha sido condenado.

Vejez, tal vez sea este el único motivo que impulsa a escribir líneas que nunca nadie leerá. Locura.

Anoto nombres y lugares. El cardenal Morone de Módena, Gonzaga de Mantua, Giberti de Verona, Soranzo de Bérgamo, Cortese. Algunas dudas sobre Cervini y sobre Del Monte. Amigos de Pole, pero temerosos estos últimos, cortos de genio.

Su Santidad Paulo III elige a los miembros del Sacro Colegio con la balanza: un guardián de la ortodoxia por un espiritual, un intransigente por un moderado. Esta política de equilibrio es de corta vida, habrá que arreglar cuentas. Paulo III Farnesio es un hombre a la antigua, de tejemanejes, de nepotismo e hijos ilegítimos que hay que colocar en puestos de poder. Último Papa de una era moribunda, apegado a su sitio y a sus ridículas intrigas, desconocedor de que este tiempo ha tocado a su fin, que avanzan nuevos soldados, tanto aquí como en las tierras del norte: los santos predestinados de Calvino, comerciantes consagrados a la causa de la fe reformada y de su Dios terrible; los hombres de la Inquisición, guardianes de la ortodoxia, inexorablemente consagrados a su pequeña y mezquina tarea de policías respetuosos del deber, escrupulosos recogedores de informaciones, rumores, delaciones.

Ignacio de Loyola y su Orden de soldados de Dios, la Compañía de Jesús; Ghislieri y los nuevos dominicos; y detrás de todos ellos Gianpietro Carafa, el hombre del futuro, setentón incorruptible y eficiente señor de la guerra espiritual, de la batalla por el control de los espíritus.

Y yo en medio. También yo entre aquellos que han pagado el precio del tiempo, de los acontecimientos que han vivido. Lutero, Müntzer, Matthys. No echo de menos a los adversarios dejados en el

campo de batalla, sino a aquel que se enfrentó a ellos, el mismo de entonces. El día de hoy me ha concedido un Pole, pío literato que cree que Dios quiere ser servido con honestidad. Él y sus amigos no saben lo que es la verdadera fe, nunca han tenido que experimentar el sacrificio, el de los demás antes que el de sí mismos y el de sí mismos a través de la aniquilación de los demás; el homicidio, sí, el exterminio, la traición de la buena fe. Müntzer, los anabaptistas, y quién sabe cuántos; cuánta maldita buena fe, cuánta inocencia en toda aquella locura. Cuánto desperdicio. Pero la peor presunción de inocencia es verdaderamente esta, la que se oculta tras la penitencia más fácil, tras la honestidad. Y nos toca en suerte encima un Tomás Moro, un Erasmo, un Reginald Pole. Locos idiotas, dispuestos a morir por su incapacidad de comprender el poder: tanto de servirlo como de combatirlo.

Sois más viejos que yo, perdidos en pos de un sueño tan distante del trono como del fango de los miserables. Me desagradáis y quisiera tener el estómago de otro tiempo, pero lo he perdido por el camino que me ha llevado hasta aquí. Los años no refuerzan el espíritu, sino que lo debilitan, y terminas por mirar a los ojos de los adversarios, por mirar en su interior, para ver el vacío, la miseria del intelecto y descubrirete dispuesto a perdonar la estupidez.

En medio. Mientras los ojos sirvan todavía para algo, mientras no descubran que la fe te está abandonando y que ahora solo ebrio consigues dejar caer el hacha, como un viejo verdugo con la razón nublada.

CAPÍTULO 15
Venecia, 28 de julio de 1546

El pequeñajo italiano me estrecha con fuerza en un abrazo fraternal.

—Amigo mío, he hecho unos negocios estupendos. Milán es una gran plaza, te lo aseguro, llena de comecoles como tú, pero también de un montón de españoles, suizos, franceses. Los milaneses son también buenos lectores, gente que sabe apreciar una obra, he vendido casi trescientos ejemplares de *El beneficio* y he dejado cien a un librero amigo mío, que me hará el balance de ventas lo más pronto posible.

El único modo de pararlo es cogerlo por los hombros y obligarlo a sentarse. Se interrumpe, escruta mi mirada elocuente, tuerce el gesto:

—¿Qué ha pasado?

El tono es el propio de quien se espera una desgracia.

Me siento enfrente de él y pido a una de las muchachas que nos traiga de beber.

Una tos:

—Atiende, Pietro, han pasado varias cosas. Y no todas ellas graves.

Levanta los ojos hacia el techo:

—Lo sabía, sabía que no tenía que irme...

—Déjame hablar. ¿Te has enterado de la excomunión del Concilio?

Asiente:

—Es verdad, deberíamos estar más atentos, pero entraba dentro de lo previsible, ¿no? ¿Qué problema hay? Lo vendemos al doble de su precio actual y vendemos más...

—¿Quieres estarte callado un momento?

Cruza los brazos sobre el pecho y entorna los ojos.

—Promete no interrumpirme.

—Está bien, pero habla.

—Bindoni se ha retirado de la operación.

Ninguna reacción inmediata, aparte del dispararse imperceptible de una ceja, se queda inmóvil, continuo:

—Dice que ahora que pende sobre el libro la excomunión tiene miedo de buscarse problemas y que le hagan cerrar la imprenta. —Levanto una mano para cortar su reacción—. ¡Un momento! Yo creo que en realidad estaba esperando un pretexto para rajarse, debido a... nuestro nuevo socio.

Se alza también la otra ceja, el rostro toma una coloración rojiza. No se contendrá mucho rato más.

—Lo sé. Los acuerdos eran que yo debía ir a Padua a difundir el libro entre los amigos de Donzellini y Strozzi. Y lo he hecho. Pero he hecho también otras muchas cosas.

El rojo desaparece, la mirada se apaga, la cabeza redonda de Perna se inclina sobre la mesa, la rabia se trueca en depresión.

Con voz rota:

—Cuéntamelo todo desde un principio y no te dejes nada.

Nos sirven aguardiente. Perna se manda al colete la primera copa y se llena una segunda.

—Hay un gran, pero que gran banquero interesado en entrar en el negocio de El beneficio. Ofrece su red comercial para difundir el libro. —La mirada de Perna se reanima—. Podría hacerlo traducir al croata y al francés. —También las orejas parecen enderezársele—. Tiene contactos con grandes editores así como con imprentas clandestinas dentro y fuera de Venecia —los ojos le brillan—, y estaría dispuesto a aumentar la tirada en diez mil ejemplares por lo menos.

Perna da un salto en la silla.

—¿Y a qué esperas para presentármelo?

—Calma, calma. Bindoni no quiere saber nada, dice que es un pez demasiado gordo, que acabaremos aplastados...

—¡Él sí que acabará aplastado! ¡Por su ineptitud! ¿Quién es este banquero, cómo se llama?

—Es un marrano, un sefardita, portugués de origen, João Miquez: ha hecho negocios con el Emperador... Vive en un palacio de la Giudecca.

Perna se pone en pie:

—Que se vaya a la mierda Bindoni. Ya te dije que El beneficio era un gran negocio, si un pequeño impresor mediocre no es capaz de entenderlo, pues es problema suyo. —Da algunos pasos hablando para sí—. Hacer negocios con los judíos... hacer negocios con los más grandes negociantes del mundo...

Francesco Strozzi. Romano. Literato, muy culto, ha leído a Lutero.

Girolamo Donzellini. Romano. Literato criptoluterano. Conoce el griego antiguo. Estudia la nueva ciencia. Ha estado al servicio del cardenal Durante de' Duranti. Se escapó de Roma porque un monje copista español cantó su nombre a la Inquisición.

Pietro Cocco. Literato paduano. Posee una de las bibliotecas más nutridas de toda la Serenísima. Ha adquirido El beneficio de Cristo con entusiasmo.

Edmund Harvel. Embajador inglés en la República de Venecia. Le daba vueltas al volumen entre las manos perplejo y entusiasmado al mismo tiempo. Me escrutaba atentamente más que los otros, tratando de comprender quién era yo.

Benedetto del Borgo, notario, Marcantonio del Bon, Giuseppe Sartori, Nicola d'Alessandria.

Literatos acomodados enamorados de Calvino y de sí mismos. Tontos.

Tontos útiles.

Ignoran lo que es un enfrentamiento de verdad, les gusta llenarse la boca con determinadas ideas bonitas. Están destinados a ser los primeros en ser aplastados por la guerra espiritual.

Su aliento debe de adormecer la mente de las personas de calidad, los salones cultos. Está bien que no sepan de qué están hablando, lo importante es que sigan hablando.

Uno se mueve fácilmente en medio de la niebla de un desacuerdo amplio.

Se abren nuevas perspectivas, más amplias. Las noticias que llegan del Concilio de Trento confirman el poco temple de los honestos espirituales. No es gente de lucha, imagen refleja en la Iglesia de estos serenísimos literatos. Es preciso zarandearlos, pero ¿cómo? Ni siquiera preveía volver a jugar una partida de semejante importancia, como tampoco preveía que fuera a contar con un aliado poderoso como el judío Miquez, no menos interesado que yo en contener el avance de la Inquisición.

¿Cuál es mi papel? ¿Disimular para que otros puedan entrar en la lucha? ¿Incitar a los espirituales sin que ellos se den cuenta?

Mientras tanto observar mejor el bando enemigo: dividir sus fuerzas, identificar a los jefes, comprender su estrategia.

CAPÍTULO 16
Venecia, 1 de agosto de 1546

En esta tierra que no es tierra, los colores afectan a la visión con repetidos sobresaltos y la vestimenta como de sueño de los humanos parece hecha expresamente para desorientar al viandante, bajo la impresión de extrañas formas geométricas, polvos cosméticos y pechos al aire, oblongos cubrecabezas, tocados fantásticos e increíbles calzados. Provocan alucinadas emociones y sobresaltos en todas las calles, acompañados de estallidos de ira repentinos que tan caros parecen a los habitantes únicos de esta ciudad de otros mundos.

En esta tierra que no es tierra, el poder de las mujeres cambia el curso de los acontecimientos, impone flexiones repentinas a la cansada razón masculina, confirma en mi mente una sensación profunda, saboreada varias veces y en otras partes, sobre sus virtudes superiores, fruto de recursos a los que a nosotros se nos ha negado el acceso.

En esta tierra que no es tierra, cargada de curiosidad y de tensión que debilita los sentidos, me dispongo a ser recibido por aquella cuya fama más que cualquier otra parece confirmar lo acertado de dichas consideraciones: doña Beatrice Méndez de Luna.

Me espera en uno de los suntuosos salones de la casa de los Mi-quez: preciadas sedas revisten divanes de tenues bordados, tapices con motivos árabes en las paredes junto a escenas de vida flamenca de Bruegel el Viejo, una xilografía del maestro Durero, un retrato de una gran dulzura de Tiziano, la gran celebridad local, y cómodas taraceadas por los incansables maestros ebanistas vénetos, los primeros en levantarse y los últimos en acostarse, a los toques de campana de la Marangona.

Unos negros ojos brillantes me escrutan. Madurez desbordante de hembra hispánica enmarcada en un tocado negro como ala de cuervo con ligeras mechas blancas, donaire refinado que no deja traslucir temor. Unos dientes blanquísimos engastan la ambigua y muda sonrisa que me acoge. Se levanta con unos estudiados movimientos del diván para venir a mi encuentro, alargando felina el cuello realzado con perlas de Oriente.

Me inclino.

—¡Lodewijck de Schaliendecker, el Alemán, que tanta impresión ha provocado en João, mi sobrino predilecto, por fin! ¡Alemán, pero con nombre de flamenco, y qué nombre además! El primer enemigo de

la autoridad religiosa y civil de Amberes, en los afanosos días de mi partida de aquellas tierras industriosas y ávidas. ¿Qué extrañas conjeturas provocan los nombres, no os parece? Los hombres parecen sentir un terrible apego por ellos, pero basta con haber pasado por más de un bautismo, y de una tierra, para descubrir que es útil, agradable incluso, tener muchos. ¿Estáis de acuerdo?

Rozo con los labios la mano recubierta de anillos. Estoy sudando.

—Sin duda, doña Beatrice. He aprendido a reconocer a los hombres por el valor de que son capaces, y nunca más por los nombres que llevan. Mi placer de conoceros es enorme.

—El valor. Bien dicho, micer Ludovico, está bien, ¿no, Ludovico?, bien dicho. Por favor, sentaos aquí a mi lado. También yo estaba ansiosa por conoceros, y el momento ha llegado por fin.

Delante de nosotros, en una mesita baja decorada, una bandeja de plata con unas amplias asas en forma de serpientes entrelazadas y encima un jarro humeante con una infusión de hierbas aromáticas.

—La fama que os precede es cuando menos enigmática, ¿sabéis? —prosigue vertiendo la infusión dentro de unas grandes tazas de porcelana—. No me extenderé, pero las noticias referentes a vos que me han llegado a través de mi sobrino no han dejado, para decirlo brevemente, de sorprenderme. Vuestros conocidos, presentes y pasados, el halo de misterio que os rodea y los caminos que seguís forman una mezcla de indudable interés. Son muchos, creedme, los motivos que me han impulsado a insistir para este encuentro, y el primero, espero que no me lo tengáis a mal, consiste en rogaros la máxima cautela posible, en cualquier paso, palabra, o incluso nada más que alusión. Os ruego que no consideréis excesiva esta preocupación por mi parte.

La observo cambiar de postura sobre el blando acolchado del diván que nos acoge a ambos, llevarse la taza a la boca con ambas manos, sorber el caliente y perfumado brebaje. Contengo la respiración.

—No lo dudéis. Lo tendré muy en cuenta, pero permitid que os pregunte a qué se debe tan explícita invitación a la reserva. Tan apremiante como si aludiera a peligros ocultos y siempre al acecho.

Devuelve la taza a la bandeja:

—Así es precisamente. Dejad que os proporcione algunos detalles de cómo funcionan aquí las cosas. El enorme poder de esta ciudad, puente entre Oriente y Occidente, no se basa en el agua tal como unos locos y geniales fugitivos la concibieron, y menos aún en el crisol de artistas y literatos que la pueblan. Desde hace ya siglos los señores de esta laguna tejen una intrincada tela de araña de poderes y de espías, guardias y magistrados a los que poco o nada escapa. Refinados equilibrios sostienen las relaciones que estas gentes mantienen

con reyes y diplomáticos de todas las regiones, con teólogos, clérigos y las más altas autoridades de cada confesión y con los poseedores de riquezas, cultivos o productos que la tierra conozca. Mientras que en su interior, la inextricable red de control se despliega sobre cada uno que pasa por ella o habita en la ciudad durante un tiempo. Hay alguaciles para la blasfemia y alguaciles para las prostitutas, para los alcahuetes y para los amigos de la pendencia, hay quien controla a los barqueros y quien vigila a los armadores. Nadie es capaz de decir quién manda, pero todos han de temer los mil ojos que escrutan estas calles suspendidas sobre las aguas. Pesos y contrapesos garantizan el poderío de la Serenísima, lo único que de verdad cuenta, en un juego de espejos que devuelven imágenes deformadas, donde lo que aparece no es real, y lo que lo es se oculta a menudo tras pesados cortinajes. Tomad al Dux, por ejemplo, venerado por el cortejo de embarcaciones y por el pueblo, por su nombramiento vitalicio. Pues bien, no cuenta nada, ni siquiera puede abrir las misivas que le mandan a él sin el previo consentimiento de los consejeros propuestos para esa función. Por no hablar, además, de las refinadas mentes que dirigen el odio de la gente baja, el sordo rencor que incuba desde siempre, contra sí mismos, dividiéndolos en facciones y creando mil pretextos, y mil juegos, para que no les falten motivos para desfogarse entre sí, con derramamientos de sangre tan cruentos como inmotivados, y nunca contra aquellos que tienen en su mano la vara de mando. La multitud de prostitutas y de colores llamativos, las compañías de artistas y los placeres de la buena mesa, Ludovico mío, no sirven sino para disimular a espías y esbirros, jueces e inquisidores que escrutan sin cesar hasta el último escondrijo.

Mi ojo va a parar al escote, todavía me cuesta mucho habituarme al generoso corte veneciano. Sofoco. Observo con aprensión el fondo de la taza: un légamo de hojas negras. Siento los huesos blandos, me hundo en el diván. Sube una risotada inmotivada.

—¿Os parece divertido?

—Perdonadme, pero esta agradable situación no armoniza muy bien que digamos con vuestro sombrío relato. He visto guerras y matanzas y estoy poco acostumbrado a las sutiles armas del poder.

—No las infravaloréis. Lo que trato de decir es que allí donde la autoridad no está en manos de un solo príncipe, sino repartida entre varias magistraturas y gremios, es posible emprender las maniobras más osadas. Pero a condición de saber agradecer y gratificar a dichos poderes cuando sea preciso. Esta es la libertad que está en vigor en Venecia, no su ordenamiento, que tantos ensalzan, pero que nadie entiende.

Se acerca más, un effluvio de esencias me embriaga:

–Mirad, nosotros prestamos dinero. Desde siempre los mismos que nos halagan, más pronto o más tarde se ponen a seguirnos la pista. Nosotros hemos aprendido a hacer lo mismo. Unimos a hombres importantes a nosotros, brindamos nuestro apoyo a actividades e intereses vitales, decidimos cuándo y cómo aflojar los cordones de la bolsa. Los mercaderes de Rialto son deudores nuestros, así como los armadores del Arsenale. Familias patricias del Consejo y grandes casas que proporcionan obispos y magistrados a la República, siempre propensos al despilfarro, nos deben a nosotros buena parte del fasto del que se rodean. Para ellos nuestro dinero es tan importante como el aire que respiran: tienen que pensárselo dos veces antes de enfrentarse a nosotros. Nosotros, por otra parte, hemos de saber que la asociación no durará mucho tiempo.

La frase del sobrino:

–Tener un equipaje ligero.

Sonríe:

–La corrupción es un hilo fino que pesos y contrapesos mantienen tenso. Esta es la cautela de la que os hablaba. –Una expresión preocupada cruza por su rostro–. Hay que saber de quién guardarse, cuáles son las fuerzas que pueden romper el equilibrio. Hay esa nueva raza de inquisidores, gente taimada y fanática, incitados por el cardenal Carafa, peligroso como nadie. Desde hace décadas siempre en el lugar adecuado, promovió la Congregación del Santo Oficio, que el Papa creó para él, y desde el cuarenta y dos está bajo su mando, criando una camada de sabuesos, fieles e incorruptibles. Es de estos de quienes hay que guardarse, pues huelen la presa, la ponen en su punto de mira y la acosan hasta que cae.

Doña Beatrice consigue comunicarme toda su inquietud, un miedo antiguo, que parece acompañarla desde la noche de los tiempos. Me recorre un estremecimiento.

–Conozco a esa raza. El temor es el arma con que subyugan a los hombres. El temor de Dios, del castigo y de los que son como ellos. No podemos reunir ejércitos para combatir contra ellos, sino únicamente empujar para que sean otros quienes lo hagan. Está ese partido de cardenales contrarios a la Inquisición, los espirituales, pero por desgracia se trata de gente poco acostumbrada al enfrentamiento: mientras los otros estrechan filas, este es el único movimiento digno de mención que han sido capaces de hacer. –Me saco de la manga un pequeño volumen.

Asiente:

–El beneficio de Cristo. Lo he leído con gran atención y estoy de acuerdo con vos. Tal vez no baste para mantener a raya a los perros,

pero tiene una fuerza de la que ni siquiera los espirituales son conscientes. Existe una amplia fauna de curas, doctores, clérigos, literatos y también hombres importantes de la Iglesia que puede aceptar estas ideas. Paulo Tercero es un débil, pero si el próximo Papa fuera un espiritual, tal vez ese inglés estimado por todos, Reginaldo Polo, entonces habría un cambio de aires. –De nuevo una sonrisa–. Entrad en negocios con nosotros, don Ludovico.

Me estrecha una mano entre las suyas.

–¡Qué pareja más fenomenal!

João Miquez irrumpe en la estancia, Duarte Gómez lo sigue. Dentaduras deslumbrantes y ruido de botas.

–Entonces, ¿has engatusado, Beatriz, como es debido a nuestro invitado? Mira que él, al contrario de tu pervertido sobrino, prefiere a las mujeres.

Doña Beatrice es de respuesta rápida:

–Pero se rodea de muchachitas en flor, por lo que me has dicho.

Miro a mi alrededor con embarazo. Me domina la incomodidad.

–Dejadlo estar, os lo ruego.

Miquez se exhibe en una amplia inclinación y Gómez rompe a reír. Evito el fuego cruzado.

–Amigos, pocas personas me han acogido con familiaridad y cordialidad igual a la vuestra. Las refinadas intuiciones de que sois capaces no dejan de sorprenderme, abriéndome fascinantes horizontes. El estigma que pesa sobre vuestra gente se me revela ahora en toda sus inconsistencia. Hay que haber recorrido el mundo a lo largo y a lo ancho para poder pintarlo con semejante claridad. Os estoy agradecido por la confianza que me brindáis. Espero que volváis de nuevo a honrar mi mesa, João. En cuanto a vos, doña Beatrice, cada una de las muchachas que frecuentan el Tonel preciso sería que renaciera tres veces antes de adquirir una fascinación semejante a la vuestra.

João y Duarte aplauden divertidos.

–Mi despedida no puede ser sino parca en palabras: considerad ya hecho nuestro primer acuerdo de negocios.

CAPÍTULO 17
Venecia, 7 de octubre de 1546

Cuarenta y cinco ducados. Más treinta, ochenta y uno, dieciséis. Restar la paga de las muchachas, las bebidas y el vino.

—¡Demetra! ¡Se ha acabado la tinta!

La voz llega burlona e irreverente de la cocina:

—¡Pues entonces emplea la memoria, Ludovico, la memoria!

Cuarenta y cinco más treinta: setenta y cinco. Más ochenta y uno: setenta y cinco más ochenta y uno...

—... Esos hijos de su madre, querida mía, si te ponen en su punto de mira no te dejan ya. Y les gustaría meterse en todas partes, escucharlo todo...

Vocea como un condenado, y mientras tanto la mano no para de hurgar debajo de la falda. Setenta y cinco más ochenta y uno hacen ciento cincuenta y seis... sí, más dieciséis.

—... Ah, pero aquí en Venecia llevan una vida dura los esbirros de Carafa, no nos dejan pasar una... Vienen a meter la nariz en todas nuestras cosas. Ya les arreglaremos nosotros las cuentas a los herejes y blasfemos...

Más dieciséis, y basta, tonto, más dieciséis: ciento setenta y dos.

—... y luego, guapísima, ¿sabes tú quién es el cardenal Carafa? ¿No? Pues yo te lo diré, un carcamal arrugado y desdentado que si te lo encuentras por la noche en un callejón te cagas de miedo... Yo lo conocí, sí, pero no se deja ver mucho el pelo el viejo, no, no le gusta... prefiere la oscuridad, igual que los diablos, que los brujos.

Con el rabillo del ojo advierto un hurgar de manos por dentro de los vestidos y escotes. Sí, eso es, restar la paga de las muchachas, así pues...

—Un buen espía lo que quisiera es saberlo todo de todos, y yo, querida mía, sería el primero de la lista únicamente porque me gustan el vino y las putas.

Doce, más quince, más...

—Nadie tiene ni idea de cuántos años tiene, ese está ahí desde siempre, ese espía ya cuando tu madre y yo estábamos en la edad de la lactancia. Espiaba al Emperador, al rey de Inglaterra, espía a Lutero, espía a los príncipes y a los cardenales. Luego el Papa, para contentarlo, lo puso al cargo de la Inquisición, así sí que puede divertirse. Y se lo ha hecho agradecer, ya lo creo... Ha llamado de vuelta a todos sus espías repartidos aquí y allá por Europa, sí, para infiltrarse

en la Iglesia. —La paga de las muchachas—. Ese ha nacido para espiar, te lo digo yo, es peligroso, si no fuera porque en Venecia estamos en guardia, ese vendría también aquí a ponernos a raya a todos... —Espia-
ba a Lutero, veintisiete escudos, espia- ba a Lutero, ha llamado de vuelta a todos sus espías repartidos aquí y allá, veintisiete más cuarenta y dos, la Inquisición, está desde siempre, ya espia- ba cuando tú y yo estábamos en la edad de la lactancia, espia- ba a Lutero, veintisiete más cuarenta y dos hacen sesenta y nueve, queda todo el resto aún, ha llamado de vuelta a todos sus espías para infiltrarlos en la Iglesia, la Inquisición, prefiere la oscuridad, sesenta y nueve, ¿sabes tú quién es el cardenal Carafa? Añade quince del vino, no se sabe cuántos años tiene, ese está desde siempre, espia- ba ya al Emperador, espia- ba a Lutero.

Espia- ba a Lutero.

Levanto los ojos, las cuentas se disuelven: solo las chicas, se acabó el remolinear de manos. La silla vacía. Opresión en la cabeza, detrás de los ojos y en la base del cuello, pesa como una piedra.

—¿Adónde se ha ido?

Un encogimiento de hombros, muestran las monedas entre los dedos.

Fuera. Es de noche, me deslizo por el empedrado resbaladizo, un parloteo lejano me dice que se encamina hacia Rialto. Corro, rápido o lo pierdo, corro. Una esquina, otra, un puentecillo, siguiendo la voz, es una canción mascullada, en veneciano, sumergido en la noche, al fondo de la calle una gruesa sombra hace eses a causa del vino.

Mis pasos pesados le hacen estremecerse, desenvaina un estilete de por lo menos dos palmos de largo.

—¡No temáis! Soy el dueño del Tonel.

—He pagado, micer...

—Lo sé. Pero no habéis probado el vino que tenemos reservado para los huéspedes importantes.

—¿Me estáis tomando el pelo?

Entorna los ojos enrojecidos, la cabeza debe de darle bastantes vueltas.

—En absoluto, invita la casa, no puedo permitir que os vayáis sin probar esa botella.

—Ah, bueno, siendo así, si queréis indicarme el camino, os seguiré con mucho gusto.

Lo cojo del braceté:

—Habéis conseguido no acabar en el canal, ¿eh?

—Estad tranquilo, Bartolomeo Busi las ha pasado peores...

—Bartolomeo Busi, en otro tiempo fraile teatino. Antes de que los negros cuervos de Carafa me expulsasen. Hace tan solo dos años de ello, sí, señor, siervo de Dios, y a mi manera sigo siéndolo aún, qué coño. Es cierto que voy de putas, y quizá empino un poco demasiado el codo, pero es algo que, para decir las cosas como son, al buen Dios no le crea demasiados problemas, no. Ahora me toca romperme el espinazo en el Arsenal, cosiendo velas todo el santo día, ¡mira las manos que tengo! ¡Bastardos! En el convento no era así, no estaba mal la vida allí: cuidábamos del huerto, estaba en la cocina, pasaba por allí un montón de gente, huéspedes importantes, cardenales, príncipes. ¿Creéis que un convento es un lugar de clausura? Pues estáis muy equivocado, hay un continuo ir y venir, incluso de mujeres. Allí estaba al comienzo, cerdos asquerosos, no tenía ningunas ganas de hacer carrera, pues siempre he sido un ignorante, ¡malditos espías! Sí, de acuerdo, de vez en cuando distraía alguna patata, un trozo de ternera, para revenderlo fuera, pero nada más. Y en cambio han salido con la historia de que si era yo un sodomita. ¡Un sodomita! Todos sabían que siempre me han gustado las mujeres, no los chiquillos ni todas esas marranadas de los abades. Todo pretextos. La verdad es que la cosa había tomado un feo cariz desde hacía ya tiempo, amigo mío. Se sabía que espías, delatores y esbirros estaban metidos en todo. Uno tenía ganas de hablar de voto de pobreza, de renovar la Iglesia, de liberarse de los ladrones de Roma. Todo a espaldas de ese santo varón de Gaetano de Thiene. Ah, sí, santo, un gran tonto del culo. ¿Y quién era? ¿Sabéis quién era, el que lo manejaba como un títere? Yo os lo diré, el padre de todos los espías: Giovanni Pietro Carafa. ¡Ese carcamal, sí, señor, siempre él! Ese, dentro de cien años, cuando nuestros esqueletos den asco a los mismos gusanos, aún lo tendréis allí espiondo. Ese acabará saliendo Papa, os lo digo yo. Pero tú piensa, hace cuarenta años era ya obispo, cuarenta, amigo mío. Legado pontificio en la corte inglesa y española, hubierais tenido que oírlo, nos contaba que había tenido sobre sus rodillas al mismísimo Emperador, que contaba siete años, ¡el Emperador! Antes del veinte era arzobispo de Brindisi, ¿y luego qué hace?, pues se pone a oler la mierda: Lutero, las casas de lenocinio, y la Roma que va de putas. ¿Y qué hace él? Lo abandona todo, es un decir, renuncia a los cargos y pone a trabajar a sus espías por toda Europa. Mientras aquí se hace el santo al lado de ese pobre de Gaetano, ese tonto del culo, y funda nuestra orden. Y así, después del veintisiete, una vez que los alemanes se han cagado en san Pedro, se les cae a todos la baba por él, le suplican, le imploran que vuelva, que ponga las cosas en su sitio. ¿Y qué hace él? Ni que decir tiene que acepta; las cosas deben cambiar, hay que actuar en serio pues si no Lutero nos pone a todos de patitas en la calle. Y entonces

empieza a perseguir a todo bicho viviente. En el treinta y siete lo nombran cardenal, dándole las directrices para limpiar la Iglesia de corruptos, sodomitas y herejes, que los hay por todas partes. Y así nunca se quita ya uno los espías de encima. Te los encuentras por todos lados. Y él no se cansa nunca, siempre tramando, como si no fuera a morirse jamás. Pero digo yo, ¿quién le manda hacerlo? En el cuarenta y dos el Papa, otro buen pájaro, lo obsequia con la Congregación del Santo Oficio, un bonito traje hecho a su medida. ¡Bastardos! Y él dice: ha llegado la hora de poner las cosas en su sitio. ¿Y qué hace? Pues manda llamar de vuelta a todos sus espías, a todos, incluidos los que se dedicaban a contar las meadas de Lutero. Yo los vi, eh, españoles, alemanes, holandeses, suizos, ingleses, franceses, todos al convento, todos pasaron por allí, para recibir las nuevas órdenes. Y él dice: señores, los tiempos han cambiado, hay un tiempo para sembrar y otro para recoger, y este es el tiempo de la cosecha. Y vuelta a espiar y a mí me joden porque esta mierda nunca me ha gustado, está bien limpiar los trapos sucios en la propia casa, pero no hasta el punto de meter la nariz en los calzones, esperar a que digas la palabra equivocada, para caer sobre ti y procesarte. Dios no es un tribunal, es amor, coño, lo dice el mismo Jesús, no yo, el mismo Jesucristo en persona. Este, en cambio, nada, tienes que cagarte encima de miedo y basta. Y entonces cargas con la acusación: fray Bartolomeo el sodomita, con un montón de testigos. ¡Asquerosos! Y eso que la cosa no me fue mal, ¿sabéis?, pues si llego a ser un pez gordo me arrancan el pescuezo. Y ahora me toca trabajar todo el santo día en el Arsenal por un mendrugo de pan. Viejo como soy, casi cincuentón. Por eso me gustan las putas y bebo vino. Ah, pero vos sois un gran señor, vuestro burdel parece el jardín de las delicias. ¡Qué mujeres! El problema es que no puedo permitírmelas, con la mísera paga que nos dan. Nada más que tocar, tocar nada más. Perdonadme, sabéis, cuando pienso en esos cerdos se me sube la sangre a la cabeza.

La tisana de Demetra lo ha espabilado un poco y lanza ya miradas de interés a la botella que he depositado sobre la mesa. La destapo.

—Alemanes. ¿Encontrasteis alemanes en el convento?

—¿Alemanes? Son sus preferidos, gente de fiar, cabezas cuadradas. Luego están los españoles, sí, pero esos porque si les dices que tienen que matar, van y matan. ¡Bastardos!

—Me interesan los alemanes.

Le lleno el vaso.

—Los alemanes, por supuesto, los he visto. Siempre hablando de Lutero... —Se toma el vino de un trago—. Nos lo decía él, Carafa, que los alemanes lo anotan todo, son precisos, en nada parecidos a nosotros que somos un desastre, que no hacemos más que hablar. Y más de fiar.

—¿Recuerdas algún nombre?

La panza tropieza contra la mesa:

—Eh, pides demasiado. Los nombres. En un convento no eres más que Bartolomeo, Juan, Martín... Los nombres no quieren decir nada.

—¿A cuántos viste?

Un eructo de vino tinto:

—A seis o siete por lo menos, tal vez diez, pero contando también a los suizos, que hablan la misma lengua. Alemanes... gente peligrosa.

La cabeza comienza a bambolearse. Le paso los dineros por encima de la mesa:

—Diles a mis chicas que te traten bien.

Se recobra:

—Señor mío, Dios os bendiga, ya os dije que erais un gran señor, si queréis os cuento también alguna cosa más, cuando necesitéis algún relato de Bartolomeo, basta con un silbido...

CAPÍTULO 18
Venecia, 8 de octubre de 1546

El puente de Rialto rebosa de tenderetes, vendedores, paseantes, que parece que vayan a caerse al canal de un momento a otro, de tan apretujados como están. Me abro paso a codazos, sin hacer caso de las maldiciones que llueven sobre mí. Tomo por las Mercerie, callejones en los que resuenan los gritos de los comerciantes de paños, de los plateros, pero por lo menos se respira.

Un viejo alemán callejeando como tantos. La idea era llegar al convento de los teatinos, pero ahora se me han ido todas las ganas, pues de nada serviría.

El convento. Nadie sabe qué sucede dentro de un convento, nadie sabe quién eres: en el convento tu nombre es un nombre cualquiera, lo ha dicho Bartolomeo. Un centro de reparto de espías en el lugar más impensable.

Alemanes, media docena por lo menos de alemanes. Gente que se dedicaba a contar las meadas de Lutero, apostada en los lugares adecuados desde el principio, desde que un fraile agustino desconocido fijó sus tesis en Wittenberg.

Paso río San Salvador, hacia campo San Luca. El guirigay de la compraventa apenas disminuye.

Wittenberg. Ha transcurrido toda una vida. La mía. Lutero está muerto, los protestantes han fundado su Iglesia reformada, se acabaron los juegos. Los espías son reclamados a Italia para nuevas misiones. El punto de encuentro es el poder en Roma, tal vez el solio pontificio. Nuevas directrices, no es difícil imaginar cuáles: infiltrar al partido adversario en la Iglesia romana, los espirituales, los que quisieran encontrar un acuerdo con los protestantes, espionar cada uno de sus movimientos y contárselo al jefe. Eventualmente cortejarlos, gratificar sus brillantes ingenios, esperar un paso en falso y golpearlos de muerte. Precisamente como en Alemania.

Como con Müntzer.

Como con los anabaptistas.

«Hay un tiempo de plantar y un tiempo de arrancar lo plantado»,
Qoèlet 3, 2.

Me siento en un machón del puente, a lo largo de río dei Fuseri.

El papel se deshace entre los dedos, pero las palabras son aún legibles allí donde las manchas del tiempo no han borrado los trazos de tinta. Cartas que cuentan una historia ocurrida hace veinte años,

cuando Alemania ardía con las palabras de Magister Thomas, y cuidadosamente custodiadas. Ahora sé por qué las he llevado conmigo durante todos estos años. Para acordarme de ti.

Qoèlet.

Lanzo la moneda al aire y vuelvo a cogerla al vuelo. El escrito destaca bien visible aún: UN DIOS, UNA FE, UN BAUTISMO. Reliquia de otra derrota. Una pieza rara, casi única, acuñada en la ceca de Münster.

Un barquero lanza su grito de advertencia antes de tomar por el meandro del río y desaparecer de la vista, las gaviotas flotan tranquilas, escrutando el fondo marino.

Espiabas a Lutero. Espiabas a Müntzer. Espiabas a los anabaptistas, mejor dicho, eras uno de ellos. Uno de nosotros. Tal vez te he conocido.

Qoèlet.

Los campesinos en la llanura.

Los ciudadanos de Münster atrincherados dentro de las murallas.

Mujeres y niños.

Montones de muertos.

Estás aquí. Carafa no puede privarse de una pieza importante como tú. Le has servido bien, pero ahora está la Inquisición, y se acabaron los peones solitarios: recoger rumores, informaciones, espiar a los espirituales para aprovechar el mejor momento.

Estás aquí. Donde se juega la partida decisiva, como siempre, como desde hace veinte años. Mis veinte años.

Montones de muertos.

Magister Thomas, Heinrich Pfeiffer, Ottilie, Elias, Johannes Denck. Jacob y Matthias Ziegler, poco más que muchachos.

Melchior Hofmann, muerto hace algunos años en la prisión de Estrasburgo. El fiel Gresbeck y los hermanos Brundt, hechos prisioneros y ajusticiados extramuros de Münster. Y los Mayer y Bartholomeus Boekbinder que me prestó su nombre, caídos en la denodada defensa de la ciudad.

Y también Eloi Pruystinck y todos los hermanos de Amberes.

Una procesión de fantasmas en la orilla de este canal.

Hemos quedado solo tú y yo.

Los últimos testigos de una época que corre hacia su declive. Dos viejas sombras fatigadas.

Ese odio me ha abandonado, no es una desventaja: puedo estar más atento, también ser más taimado. Más de lo que lo hayas sido tú nunca.

Hoy puedo sacarte de tu escondrijo.

Pasada la plaza de San Marcos el muelle se alarga hacia el Arsenal, donde las insuperables naves de los venecianos esperan su botadura.

Enfrente, la isla del Arsenal se abre a la izquierda: los carpinteros trabajan en las quillas de dos imponentes galeras.

Me siento para observar la maestría de estos hombres famosos en el mundo entero, pero no es fácil quitarse de la cabeza las preocupaciones.

Los elementos del cuadro son siempre los mismos. Por una parte, un cardenal inglés querido por todos los que aspiran a la reconciliación con los protestantes, caballo ganador del Emperador, que confía en una pacificación religiosa de la Cristiandad porque el Imperio se le está escapando de las manos; el más odiado por los cardenales que fomentan la guerra espiritual de la Inquisición.

Por otra, está el príncipe negro del Santo Oficio, el cardenal Carafa, que va construyendo la máquina pieza a pieza y se prepara para dar la batalla. Ha llamado a todos sus espías a Italia para que no dejen de estar encima de los espirituales. Toda una tropa de observadores, un ejército de ojos y obviamente de delatores.

Uno de ellos es el más importante, el de más confianza. El mejor, si es cierto que estaba en Wittenberg y en Münster.

Münster.

Los anabaptistas, viejos conocidos.

Una idea. Solo una intuición.

Nadie aquí ha conocido jamás el anabaptismo. Pero él sí, él estaba en Münster y supo traicionar en el momento oportuno.

Los elementos a disposición: un libro, El beneficio de Cristo, manual de calvinismo adaptado para los católicos; pero se podrían sacar a relucir más cosas. Igual que los anabaptistas hicieron con los escritos de Lutero. Hacer prender el conflicto. Radicalizar los contenidos del libro: desde el calvinismo al anabaptismo.

Me levanto, sin dejar de reflexionar me encamino a paso ligero hacia la plaza.

Los inquisidores son perros de caza, huelen la presa, la ponen en su punto de mira y ya no la sueltan. Eso ha dicho doña Beatrice.

Hace falta una liebre.

Un blanco que les haga salir. Y el que salga a cazar es porque es el mejor, el que tiene más experiencia. Quoëlet.

Si la presa fuera un anabaptista, incluso alemán, lo enviarían a él. El que los jodió ya en Münster, el que los conoce bien.

Cruzo la plaza de San Marcos a paso frenético, tomando por las Mercerie.

Un anabaptista en Italia, alguien que sepa salirse con la suya.

Me paro delante del Fondaco dei Tedeschi casi sin aliento y el corazón en un puño.

Respiro hondo.

Una partida de dos. Dos que han librado las mismas batallas.

Solo unas viejas cuentas que arreglar.

Puedo sacarte de tu escondrijo.

¿Qué sucedería si El beneficio de Cristo se transformara en un libro mucho más peligroso de lo que en realidad es? ¿Qué sucedería si alguien se pusiera a ir de un lado para otro rebautizando a la gente con El beneficio en la mano?

Carafa y sus esbirros se pondrían a la caza. Pero sobre todo el cardenal Reginald Pole y todos los espirituales se verían obligados a entrar en la lid y dar la batalla para defenderse del ataque de los guardianes de la ortodoxia. Es mejor que eso ocurra antes de que sea nombrado Papa un intransigente, un guardián de la ortodoxia, un amigo de Carafa o, peor incluso, el propio Carafa. Mejor que se llegue enseguida a un arreglo de cuentas, antes de que los delatores y los espías del príncipe negro consigan atrapar al honesto Pole y a sus cándidos seguidores.

Acelerar el conflicto. Obligar a Pole a devolver golpe por golpe en vez de seguir encajando en silencio. Empujar a ese gran intelecto inglés a empuñar las armas. Él debe ser el próximo Papa. Tiene que eliminar al viejo teatino.

El espejo devuelve los años todos juntos, pero hay un brillo todavía en los ojos. Algo que debe de haber refulgido en las barricadas de Münster, o entre las filas campesinas de Turingia. Algo que no se ha perdido por el camino, porque el camino no podía matarlo. ¿Locura? No, sino como dijo Perna: las ganas de ver cómo termina la cosa.

El hombre en el espejo tiene el pelo largo. También la barba crecerá. Ropas menos elegantes, nada de paños venecianos, sino viejos harapos alemanes.

La cara marcada casi se pega al cristal, mirada aguda, que penetra dentro y de vez en cuando se dirige hacia lo alto, para consultar al Padre.

—Ayer le pregunté a un niño de cinco años quién era Jesús. Y él me respondió: una estatua...

Divertido, el viejo loco hace una mueca maliciosa.

He encontrado al anabaptista.

Carta enviada a Trento desde la ciudad pontificia de Viterbo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 1 de enero de 1547.

Al ilustrísimo señor mío Giovanni Pietro Carafa, en Trento.

Señor mío meritísimo, el extraño hecho que me apresuro a referir merece ser debidamente ponderado.

Sé fehacientemente que El beneficio de Cristo ha comenzado a circular por varios lugares. En los últimos meses ha sido adquirido en Ravena, Ancona, Pescara, y también más al sur, a lo largo del litoral adriático. Eso significa que las partidas viajan por vía marítima, en navíos capaces de transportar discretas cantidades de libros. Y no debe de tratarse de unos pocos cientos de ejemplares, mi señor, sino de miles, hasta el punto de que resulta difícil creer que sea labor de una sola imprenta. Dada la zona de difusión debe de tratarse de algún impresor veneciano o ferrarés, residente con toda seguridad en los territorios de esos estados que más obstáculos oponen a la entrada de la Inquisición romana.

Sé que la autoridad de V.S. no se extiende hasta el territorio de la Serenísima, pero a pesar de ello podría resultar útil echar la pulga detrás de la oreja de los inquisidores venecianos y del duque Hércules II de Este. No creo, en efecto, que estos quieran dar la imagen de que permiten la impresión de un libro sobre el que ha caído la excomunión del Concilio.

Una cosa extraña es que en Viterbo nadie parece saber nada de los responsables de esta nueva difusión. Parece precisamente que esta vez el cardenal Polo y sus amigos no tienen nada que ver en ello. Hay que sospechar que se trata de una amplia operación, con una brillante mente dirigiéndola, pero ajena al círculo de los espirituales.

Pues bien, como sabe mi señor, en Venecia encuentran cobijo muchos radicales criptoluteranos. Podría ser, por consiguiente, sumamente útil reunir una mayor información acerca de sus actividades, sin levantar las sospechas de los venecianos, que como es sabido son muy susceptibles en lo que se refiere a las inferencias en sus asuntos por parte de la Santa Sede.

Beso las manos de Vuestra Señoría, a cuya gracia me encomiendo,

De Viterbo, el día primero del año de 1547,
el fiel observador de Vuestra Señoría,

Q.

El diario de Q.

Viterbo, 14 de enero de 1547

Sobre el Concilio

El Emperador no ha perdido el tiempo. El viejo león conserva sus garras. Ha hecho venir a los lansquenets al Trentino. Y con ellos la peste, que siempre los acompaña.

El mensaje es claro: tras la derrota de su paladín en el Concilio, los cardenales permanecen atentos. Ese inepto del Papa se había puesto a lanzar señales de entendimiento a los franceses. Pero Carlos será siempre Carlos, regente del Sacro Imperio Romano, que nadie intente tramar nada contra él a sus espaldas.

El Concilio ha sido suspendido, lo trasladarán a Bolonia, lejos del aliento apestoso de los lansquenets. Eso dicen.

Sobre Carafa

Carafa debe andarse con cuidado: el Emperador no es hombre de dejarse dominar, acaba de demostrarlo. Tal vez sea por eso por lo que el viejo tarda en lanzar a la Inquisición tras la pista de El beneficio de Cristo, de quién lo tiene y de quién lo redactó. Reginald Pole está en el corazón todavía de muchos, es del agrado del Papa y más aún del Emperador.

O tal vez no sea más que un modo calculado de dilación. Tal vez el viejo piensa que los tiempos no están maduros aún, son muchos los peces que deben caer todavía en la red, es preciso que el libro circule. Pero juega con fuego, porque junto con el libro se difunden las ideas.

Sobre la nueva difusión del libro

¿Quién puede tener interés en arriesgar tanto por imprimir y vender El beneficio de Cristo?

Si Pole y los espirituales no tienen nada que ver, ¿quién es el responsable?

Un mercader, un hombre, o más hombres, con olfato para los negocios. Pero ¿por qué? Uno puede lucrarse también con otras publicaciones, sin necesidad de exponerse a ir a la cárcel o exponer la vida por un burdo compendio de calvinismo.

Hay algo que aún se me escapa. He de seguir mi instinto.

Tiziano

CAPÍTULO 19
Padua, 22 de enero de 1547

—Ayer le pregunté a un niño de cinco años quién era Jesús. ¿Y sabéis qué me respondió? Una estatua.

Rostros llenos de curiosidad apenas iluminados por la candela. Una docena de estudiantes apretujados en torno a la luz, los únicos en desafiar el sueño y las rígidas reglas del internado. A un par de ellos los he conocido esta tarde en el gabinete anatómico, después de la clase de teología. Unas pocas charlas en los pasillos han bastado para que me propusieran que los siguiera al internado de los benedictinos para pasar allí la noche.

—¿Qué es Cristo para una mente elemental? Una estatua. ¿Es esto una blasfemia? No, porque le falta toda voluntad de ofender. ¿Es la mentira de un ignorante, entonces? Tampoco. Yo os digo que ese niño no ha mentado, o mejor, ha dicho la verdad por partida doble. La primera, porque ante sus ojos, mientras le enseñaban a arrodillarse, había un crucifijo de piedra. ¿Qué infunde vida a esa piedra? ¿Qué la vuelve distinta de las otras? El conocimiento de lo que representa. El conocimiento: es lo que da un significado a las cosas, al mundo y también a las estatuas. Así pues, para hacer vivir a esa estatua hemos de conocer a Cristo. ¿Podemos decir con pocas y simples palabras quién es Cristo? Sí, amor y gracia. Es Dios, que por amor a los hombres se inmola en la cruz, liberándolos del pecado, salvándolos de las tinieblas. Y la fe en este solo acto justifica ya de por sí a los hombres ante Dios: este es el beneficio que Cristo nos trae. El beneficio de Cristo.

»Por consiguiente, si el conocimiento y el amor infunden vida a esa estatua, nuestra tarea consistirá en cultivarlos como el más precioso de los dones y rehuir, mejor dicho, combatir, a quien se aparte de ellos.

»Esto nos lleva a la segunda verdad del niño. Hoy asistimos verdaderamente a la agonía de Cristo. Ni con el amor ni con el conocimiento vuelve la Iglesia vivo al Cristo al que se acercan los niños. Él se convierte en obediencia incondicional a la autoridad secular, a la jerarquía corrupta de Roma, al Papa simoníaco, se convierte en temor al castigo divino escenificado por el Santo Oficio. Todo esto no es el Dios vivo, sino realmente una estatua inerte y muda.

»Por eso es preciso, entonces, volverse de nuevo niños, volver a tener la mente simple de ese niño lleno de sabiduría, y reconocer

nuevamente el descenso de la gracia sobre nosotros. Un nuevo bautismo, que nos haga partícipes otra vez del beneficio de Cristo.

»Con esta renovada certeza no podemos temer el profesar la verdadera fe, incluso contra la hipocresía de los tribunales y de los hombres corruptos. He aquí por qué os digo que, si alguna vez alguien os pregunta quién os ha hablado de este modo, no temáis decirle que he sido yo, Tiziano el baptista.

CAPÍTULO 20
Rovigo, 30 de enero de 1547

—Precisamente ayer, a la salida de una iglesia, me encontré a un niño de cinco años y le pregunté quién era Jesús. ¿Sabéis qué me respondió? Una estatua.

Fray Vittorio se encoge de hombros y deja entrever una sonrisa bajo la espesa barba:

—Por si os sirve de consuelo, os diré que hay un hombre de mi pueblo, un carpintero que debe de rondar los cuarenta años, que se presentaba diariamente tres veces en la iglesia, rezaba un padrenuestro ante el crucifijo y luego se volvía al trabajo. Yo le pregunté cómo es que se había vuelto tan asiduo en sus visitas al Señor, a lo que él me respondió que había sido yo quien le había dicho que rezando tres oraciones al día a Jesús se le pasaría el dolor de espalda. Y este es el lugar más próximo que conozco donde encontrar a Jesús, añadió. No os digo la cara que puso cuando traté de explicarle que Jesús puede encontrarse en cualquier parte: en las mujeres y en los niños, en el aire y en el arroyo, en la hierba y en los árboles.

Aplaudo y abro las manos en señal de resignación. El gesto atrae la atención de otros dos frailes, que se acercan para enterarse de lo que estamos hablando.

—Vuestro ejemplo no me consuela en absoluto, hermano. Si un hombre de cuarenta años cree que Jesús es una estatua, exactamente como hace un niño de cinco, significa que treinta y cinco años de normas y preceptos, dogmas y castigos, no aumentan ni pizca la fe del cristiano. ¿Cómo es posible, os pregunto yo, que un niño se vea obligado a recibir los sacramentos, a arrodillarse delante de aquella que para su mente simple no puede ser nada más que una estatua, para escuchar el Evangelio cuando para él este no es más que una conseja no mucho mejor que las que se cuentan a los niños al amor del fuego? ¿Os parece razonable? Yo digo que esto no solo es absurdo, hermanos, sino hasta peligroso. ¿Qué creyente vamos a crear, en realidad? ¿Qué sincera devoción a Cristo cabe esperar ver madurar en ese pequeño ser, si desde su más tierna infancia lo acostumbramos a aceptar pasivamente cosas que no comprende? ¿A arrodillarse delante de las estatuas? Yo digo, hermanos míos, que Cristo no puede ser sino una elección consciente y motivada, y no una conseja inculcada a los cándidos. Pero hoy se nos pide justamente esto. Se nos pide que creamos sin comprender, que obedezcamos calladamente,

hasta temer, viviendo en el terror a ser castigados, procesados, encarcelados. ¿Puede nacer una verdadera fe de sentimientos semejantes? Seguro que no, hermanos.

Los tres franciscanos intercambian una mirada insegura. Se esfuerzan por romper el silencio que sigue a las últimas palabras. Uno de ellos hace un gesto a los otros de que se acerquen a él.

Soy Tiziano, peregrino alemán que se dirige a San Pedro. Los franciscanos de este pequeño convento campestre me han recibido amablemente y hospedado con gran cortesía.

Parlotean quedamente entre sí: el resumen para los recién llegados.

Fray Vittorio se queda inmóvil en una pose estatuaria, luego no puede contener la carcajada:

–No os pongáis así, hermano Tiziano. Pensad más bien en esto: cerca de una aldea de nuestra diócesis hay un álamo secular, el árbol tal vez más imponente que he tenido ocasión de ver en toda mi vida. Pues bien, los campesinos sostienen que durante el plenilunio de octubre, todo aquel que se ponga debajo del árbol y reciba entre las manos una hoja suya traída por el viento, si se la come, gana en fortaleza y longevidad.

Una mirada ceñuda:

–No comprendo adónde queréis ir a parar.

–Hace veinte años vino un peregrino como vos –prosigue cruzando sus manos a la espalda– a descansar a este convento. Le contamos la historia del álamo y le explicamos dónde se encontraba. Él estaba convencido de que en los lugares donde la Virgen desea aparecerse a sus hijos se producen prodigios naturales. Fue allí y se le apareció la Virgen diciendo: «El cuerpo y la sangre de mi Hijo otorgan la vida eterna». Desde entonces, en el plenilunio de octubre, festejamos la Virgen del Álamo, y los campesinos vienen a tomar la Eucaristía, y las hojas del árbol que caen sobre el altar son bendecidas y repartidas entre todos los fieles.

Me siento en uno de los poyos de piedra adosados a la pared. Los frailes se han multiplicado: una decena por lo menos. Los mayores se sientan a mi lado, los otros se acucillan en el suelo.

–Entonces –pregunto dirigiéndome a todo el grupo–, ¿qué ha querido decir vuestro hermano con la historia del álamo?

Responde un joven fraile, todo nariz y pómulos huesudos:

–Que para llevar a Cristo a la gente del campo, no se puede andar con tantas sutilezas: algunos creerán que Él es una estatua, otros se comerán su cuerpo igual que de jóvenes se comían hojas de árbol.

Ahora que les he hecho sentarse a todos, me pongo en pie de golpe:

—«El cuerpo y la sangre de mi Hijo otorgan la vida eterna.» La Virgen del Álamo anunció al peregrino el fundamento de la fe cristiana. La gente de campo no comprende a Cristo porque vosotros lo volvéis demasiado complicado. He aquí por qué tienen necesidad de una estatua o de una antigua leyenda para acercarse a Él. Dios se hizo hombre y murió en la cruz para que también nosotros pudiéramos resucitar a la vida eterna. Esta es la fe que salva: nada más sirve. Esta es la fe que ningún recién nacido puede profesar: por esto os digo que bautizar a un recién nacido no tiene más valor que lavar a un perro. ¡El único bautismo es el de la fe en el beneficio de Cristo!

Se pone en pie de un brinco y casi se enreda con su largo hábito, pobladas cejas negras y barba cerrada hasta debajo de los ojos. Me abraza en un arrebato, me besa, luego me mira fijamente con mirada incandescente:

—Adalberto Rizzi te da las gracias, hermano alemán. Hace veinte años que vivo aquí dentro, desde que la Virgen se me apareció entre las hojas del álamo y con gran número de señales me dio prueba de su presencia. —Los hermanos más jóvenes lo miran estupefactos—. Sí, sí, preguntadle si lo que digo no es cierto al hermano Michele, aquí presente. Tras la aparición comencé a predicar las mismas cosas que tú, hermano Tiziano, has dicho en el día de hoy. Palabra por palabra, te lo aseguro. Pero me dijeron que estaba mal de la cabeza, que lo que necesitaba era reposo y meditación, que la Virgen no me había pedido que dijera las cosas que iba diciendo. Me convencieron. Pero ahora, ¡siento que tú me has vuelto a dar aquello que me fue sustráido y con lengua de fuego proclamaré al mundo la fe en el nuevo bautismo y en el beneficio de Cristo!

Se deja caer de rodillas, como si las piernas no lo sostuvieran ya.

—Bautízame, hermano Tiziano, porque la ablución que me dieron de niño no cuenta ya nada para mí. Bautízame, aunque sea con el agua sucia de ese charco: mi fe bastará para purificarla.

Miro alrededor: todos inmóviles, boquiabiertos, excepto fray Vittorio, que sacude la cabeza desconsolado. Ya he hecho bastante, para el lugar en el que me encuentro. Mejor no arriesgar con actitudes demasiado teatrales.

—Tú mismo puedes bautizarte, hermano Adalberto. Tú eres el testigo de tu conversión.

Me mira durante un instante con rostro extasiado, luego se arroja de cabeza con la cara dentro del agua fangosa y comienza a revolcarse en ella mientras grita a voz en cuello.

En resumidas cuentas, algo más bien histriónico.

CAPÍTULO 21
Ferrara, 4 de febrero de 1547

El depósito secreto de los libreros Usque está bajo tierra. El único acceso a él es una trampilla de no más de un brazo de diámetro, disimulada entre las tablas del suelo. Luego se baja por una escalera y se encuentra lo que se diría una bodega. Pero el local es seco, los Usque han pensado en una manera ingeniosa de evitar que los libros conservados aquí abajo, aquellos que podrían resultar más incómodos y peligrosos, se vean destruidos por la humedad. Unas escotillas de entrada y salida permiten la circulación del aire, hasta el punto de que no puedo evitar unos escalofríos: hace más frío que en la superficie.

Nuestro impresor nos indica el camino con una linterna hasta un rimero de volúmenes excelentemente ordenados.

—Aquí tienen, señores. Mil ejemplares listos para la expedición. Los próximos dentro de menos de un mes.

Miquez señala la mitad de la pila:

—Quinientos ejemplares vendrán a retirarlos mis encargados dentro de unos días y serán embarcados en la costa. Los otros los cojo ahora mismo, pues pienso llevármelos conmigo a Milán. Haré que os tengan preparados los balances para Pascua.

Usque lo interrumpe:

—Dejadme cien ejemplares. Creo que puedo venderlos aquí.

Los rasgos mediterráneos resaltan a la luz de la linterna:

—Cogedlos de mi parte, entonces. El carruaje está ahí fuera, podéis cargar enseguida.

Volvemos a subir al elegante taller de los más importantes impresores judíos de Ferrara. Seis prensas, una docena de operarios atareados, me quedo encantado observando la sincronía de movimientos: meter la matriz de la composición, entintarla, insertar la hoja en el torno y acto seguido bajarlo y apretar bien para imprimir los caracteres sobre el papel. Un poco más adelante se componen las páginas, colocando los caracteres uno por uno dentro de los cajetines preparados al efecto, sacándolos de dentro de grandes cajas de matrices, con un ojo pendiente del manuscrito y el otro de las pequeñas piezas de plomo.

Al final de la cadena los encuadernadores, aguja, hilo y colapez, dando forma acabada a los volúmenes.

Miquez se me acerca con indiferencia. En voz baja:

—Los Usque publican exclusivamente obras relacionadas con el judaísmo. Han hecho una excepción con El beneficio.

Sonríó maliciosamente:

—Los favores recíprocos de una inmensa familia...

—Sí. Y la fuerza de persuasión de un buen negocio.

Usque pregunta algo en español.

—Sí. Podéis continuar. Ahí fuera está mi hermano Bernardo, ya se encargará él de asegurar la carga.

El impresor parece dubitativo:

—Hay otra cosa más, don João... —Una mirada de Miquez lo convence de que puede hablar en mi presencia—. Me ha llegado una extraña petición. De la corte. Un ejemplar de El beneficio de Cristo.

Nos miramos perplejos. Es de nuevo Miquez quien toma la palabra:

—¿El duque?

—No. La princesa Renata, la francesa. Está interesada en la teología.

Chiavenna. República Rética.

Hace dos años.

Camillo Renato y su círculo de exiliados.

Yo le traía los libros de parte de Perna la primera vez que vine a Italia.

Camillo Renato, alias Lisia Fileno, alias Paolo Ricci. Siciliano, literato, prorreformista, predestinacionista, sacramentero, celebraba la Última Cena con un banquete provocando el escándalo general. Cuando lo conocí hospedaba a Lelio Socini y a otros literatos exiliados. Me quedé allí poco tiempo, pero el suficiente como para saber que había dado la vuelta a Europa, había estado en Estrasburgo en casa de Capiton y en Bolonia lo habían interrogado y procesado. Condenado a la cárcel de por vida en Ferrara por herejía, consiguió evadirse gracias a la ayuda de una noble señora de la corte. La princesa Renata. Su agradecimiento había llegado al punto de adoptar el nombre de su salvadora.

A Usque:

—Es importante hacerles llegar hoy mismo un ejemplar.

Lo cojo de la alforja, en el escritorio de Usque encuentro pluma y tintero. Escribo en la primera página.

No hay buena obra o acción que pueda igualar el beneficio de Cristo con los hombres. Solo la Gracia recibida por el Salvador y el don incommensurable de la fe pueden marcar el destino de un alma. Es este renacimiento el que une en comunión en Cristo a los verdaderos creyentes.

Con la esperanza de conocer a la dama que ha salvado a un amigo común.

Tiziano Renacido. Posada del Pan.

Los dos judíos me miran aterrorizados.

Entrego el volumen a Usque:

–Este es el ejemplar.

A Miquez:

–Tú déjame a mí.

Divertido:

–Desde que te dejaste crecer esta barbaza te comportas de modo extraño.

–Fuiste tú quien me enseñó a cultivar las amistades de alto copete.

Sacude la cabeza, saluda al impresor en español. Fuera nos están esperando Bernardo y Duarte; las cajas de libros han sido cargadas y aseguradas con correas.

João me coge por los hombros:

–Hasta luego, amigo. Nos veremos en primavera.

–Dale recuerdos al pequeñajo Perna de mi parte.

Un gesto a los dos compadres, mientras el carruaje arranca.

CAPÍTULO 22
Venecia, 11 de febrero de 1547

La muchacha ha dicho que el individuo era moreno, más bien alto, con una sirena tatuada en un hombro.

La muchacha ha dicho también que jugueteaba continuamente con los dados, teniendo en todo momento uno en la mano, porque le gustaba apostar y decía que, cuanto más tocaba los dados, más le sonreía la fortuna.

La muchacha lloraba. Porque un corte como ese, cuando cicatriza, deja una cicatriz blanca y larga, que en los días fríos se vuelve violácea y parece una enfermedad.

Lloraba mientras lo contaba, aunque ello sucedió hace ya cuatro días, porque tiene el rostro estropeado para siempre.

Los ojos de Demetra eran gélidos. Podía leerse en ellos reproche, poco menos que una acusación: yo no estaba y nada pudo hacer ella. El joven Marco habría podido ganarse una cuchillada, pero ¿de qué hubiera servido?

Entre sollozos la muchacha ha dicho que el individuo hablaba de forma extraña, no, no un acento como el mío, sino distinto, griego tal vez, o eslavo. No, nada de golpearla, solo el cuchillo, pero creía que lo que quería era matarla, y decía que si gritaba le iba a cortar el cuello como a un cordero.

No he dicho nada. No creo haber dicho verdaderamente ni una palabra. Me ha bastado con cruzar una mirada con Demetra.

Lo que debía hacer.

Un griego al que le gusta el juego.

No recuerdo haber recorrido la ciudad a pie. Pero lo he hecho, porque al toque de campana estaba delante del garito del Moro con los ojos clavados en la cara del gigante de la puerta.

—Dile al Moro que el Alemán desea verlo.

Goliat debe de haber sonreído burlonamente, o quizá no era más que su expresión natural, antes de introducirse por la portezuela.

He esperado hasta que el agujero se ha vuelto a abrir y los dientes blancos del Moro han reflejado la luz de la linterna.

La sonrisa de un tiburón.

Nadie ha lamentado la falta de ceremonias:

—Hay un griego, tal vez un dálmata, al que le gusta jugar a los dados, viste ropa elegante y lleva un tatuaje en un hombro, una sirena. Le ha hecho un chirlo a una de mis chicas.

El Moro ni siquiera ha parpadeado, pero su mirada decía que la noticia le había llegado también a él:

—Con una condición, Alemán. Yo a los esbirros les pago para que me dejen en paz: tus asuntos te los ventilas tú fuera de aquí. Y deja tu puñal a Kemal.

He asentido, desenvainando la hoja y entregándosela al gigante. El Moro se ha hecho a un lado con un gesto de invitación.

La salita estaba silenciosa, solo el ruido de los dados rodando sobre las mesas y juramentos en voz baja.

Todas las razas del mundo se habían dado cita en aquel antro. Alemanes, holandeses, españoles acicalados, turcos y croatas ocupados en indicar los puntos en unas pizarritas colgadas de las paredes. Nada de vino o aguardiente, nada de armas: el Moro previene cualquier problema.

Les he pasado revista uno por uno, concentrándome en las manos. Manos explícitas, susceptibles de contar historias, dedos que faltan, guantes de la buena fortuna, anillos valorados en el acto y puestos sobre la mesa.

Luego he visto el dado que rodaba en la derecha, un pequeño objeto de hueso que corría entre los dedos, adelante y atrás, cada vez que la izquierda se disponía a lanzar.

No debe de haberse dado cuenta de nada hasta sentir el empedrado contra la mejilla.

Uno que le sujetaba el brazo tras la espalda y mientras tanto le descubría el hombro izquierdo.

Ha lanzado unos insultos en su lengua, mientras los dados de marfil rodaban fuera de su faltriquera al mismo tiempo que su suerte.

Luego no ha podido más que gritar y ver cómo la hoja le cortaba netamente los dedos de la mano.

Los han encontrado al amanecer los vendedores de pescado, clavados uno por uno en las colañas del mercado.

En Venecia soy de nuevo don Ludovico el Alemán. Y tengo que ocuparme de los asuntos del burdel.

CAPÍTULO 23
Venecia, 12 de febrero de 1547

Miquez y Perna están en Milán.

El Alemán ha hecho entender a todo el mundo que no conviene apostar contra él.

Tiziano se ha hecho notar en tres ocasiones distintas. En Ferrara ha conocido incluso a la princesa Renata de Francia, amiga de los exiliados y muy interesada en El beneficio de Cristo. El anabaptista ha dado en la diana.

Puedo estar satisfecho, pero eso no basta. Estoy pensando en una segunda ronda. Treviso, Asolo, Bassano y Vicenza, para luego volver a Venecia. Ahora que le tengo tomada la medida a mi predicador anabaptista puedo acortar los tiempos. Diez días, dos semanas a lo sumo.

Esta noche he soñado con Kathleen y Eloi. Únicamente imágenes confusas, no recuerdo nada más, pero me he despertado con la sensación de algo amenazante sobre el destino de todos. Como una sombra oscura que oprime la mente.

He ahuyentado el mal humor con un paseo hasta San Marcos, recogiendo los saludos de mucha gente a la que no conozco. Al volver he tenido la sensación de que me seguían, tal vez una cara vista ya esta misma mañana en Campo San Casciano. He dado un largo rodeo, tan solo para confirmar la sospecha. Dos individuos, hopalandas negras, treinta pasos detrás. Tal vez esbirros. No debe de haber sido difícil intuir que he podido ser yo el que mutilara la mano de aquel marinero griego. Tendré que acostumbrarme a tener a alguien cerca en mis desplazamientos por la ciudad. Razón de más para partir enseguida.

—¿Te vas de nuevo?

Ha aparecido en silencio a mis espaldas, los ojos esmeralda sobre la alforja recién cerrada.

Trato de evitar su mirada.

—Estaré de nuevo aquí dentro de dos semanas.

Un suspiro. Demetra se sienta en la cama al lado de la alforja de viaje. Pierdo tiempo anudando un pañuelo en la muñeca: desde hace un tiempo el reuma no me da tregua y tengo que limitar mis movimientos.

—Si te hubieras quedado aquí, Sabina aún conservaría su bonito rostro.

Finalmente la miro:

–Ese bastardo la ha pagado. Nadie tocará más un pelo a las chicas.

–Tendrías que haber acabado con él.

Contengo la agitación:

–Lo único que habría conseguido con eso es echarnos encima a los esbirros. Esta mañana me han seguido hasta el mercado.

Otro suspiro para desahogar sus ganas de echarme en cara aquel chirlo.

–¿Por eso te escondes? ¿Tienes miedo?

–Hay una cosa que debo hacer.

–¿Más importante que el Tonel?

Me detengo. Tiene razón, le debo una explicación.

–Hay cosas que deben hacerse y basta.

–Cuando los hombres hablan así es para irse para siempre o es porque tienen alguna venganza que cumplir.

Sonríó ante su agudeza, sentándome al lado de ella:

–Volveré. De esto puedes estar segura.

–¿Adónde vas? ¿Tiene algo que ver con los judíos con los que tienes negocios?

–Esto es mejor que no lo sepas. Hay unas viejas cuentas que arreglar, tienes razón. Tan viejas como yo.

Demetra sacude la cabeza, un velo de tristeza empaña el verde de sus ojos:

–Uno tiene que saber elegir a sus enemigos, Ludovico. No malquistarse con gente equivocada.

La obsequio con una abierta sonrisa, está más preocupada por mí que por el burdel.

–No temas: he salvado el pellejo en situaciones peores. Es mi especialidad.

El diario de Q.

Viterbo, 5 de abril de 1547

Movimientos imperceptibles. Un lento arrastrarse de insectos, que uno solo puede captar si mira fijamente y se queda encantado por el casi imperceptible agitarse de las briznas de hierba.

Es difícil imaginar si hay un orden secreto en ese hormigueo, una armonía, un fin.

Debo seguir mi intuición. Descubrir dónde está el hormiguero. Identificar los recorridos que lo alimentan.

Me dispongo a partir para Milán. Le he escrito a Carafa que seguía una pista para descubrir a los responsables de la nueva difusión de El beneficio de Cristo. Es la verdad. En Viterbo no hay ya mucho que hacer, alguien está aprovechándose de los espirituales sin que ellos lo sepan, difundiendo el libro por todas partes. ¿Qué es lo que esperan conseguir? ¿Adhesiones, ayuda, desencadenar una revuelta en pro de la reforma?

Es esencial comprender quiénes son estos, descubrir qué es lo que quieren.

Milán. Los inquisidores de Roma han encerrado a un judío converso, bajo la acusación de contribuir a la difusión de una obra herética: El beneficio de Cristo.

Parece que es veneciano, oriundo de Portugal: un tal Giovanni Miches.

¿Qué tienen que ver los marranos en esta historia?

CAPÍTULO 24
Venecia, 10 de abril de 1547

João y Bernardo Miquez se recortan en la puerta como dos gigantes, comparados con el pequeñajo de calvas sienes que apenas si asoma en medio de ellos, contrabandista de libros y experto en vinos. Viene a mi encuentro dando saltitos y aferrando mi mano tendida.

—Es un verdadero placer, viejo amigo, no puedes ni imaginarte la que nos ha pasado... Las ventas han ido viento en popa, prácticamente en casa del muy católico Emperador, pero ¡qué coño de falta hacía el Santo Oficio!

Freno la lengua de Perna saludando a los dos hermanos:

—Bienvenidos.

Una palmada en la espalda:

—Espero que no nos dejes muertos de sed. Hemos hecho muy pocas paradas durante el viaje.

—Voy por una botella. Sentaos y contádmelo todo.

Perna coge una silla y ataca:

—De menuda hemos salido, joder. Estaban a punto de llevarse a tu amigo judío, sí, sí, tú ríete ahora, pero se las ha visto muy feas, te lo digo yo, y si no llega a ser por el dinero contante y sonante que le dio a ese frailucho, ahora no estaríamos brindando, ¿entendido? Ahora estaría haciéndoles compañía a los ratones en las mazmorras de Milán.

—Con calma. Explicádmelo todo desde el principio.

Perna se acomoda, con las manos temblorosas sobre la mesa. Es Bernardo quien habla, mientras João exhibe una de sus sonrisas cautivadoras.

—La Inquisición lo tuvo detenido durante tres días, acusado de vender escritos heréticos.

Miro al mayor, que permanece en cambio callado y hace proseguir a su hermano:

—Un montón de preguntas. Alguien debe de haber estado espianando. La cosa acabó bien, bastó con untarles la mano a las personas adecuadas y lo soltaron, no era gente seria, pero la próxima vez podríamos no salir tan bien parados.

Un instante de silencio, Perna se estremece, espero que João diga algo.

Cruza sus delgados dedos apoyando los codos sobre la mesa.

—Exageran. Esos no sabían nada de El beneficio, únicamente vagas sospechas. Alguien dio mi nombre y vinieron a buscarme. Eso es todo.

Si de veras se hubieran olido una pista no habrían aceptado mi dinero... –un gesto de burla– o habrían pedido más.

Nuestro librero estalla:

–Sí, sí, para él todo es muy fácil, pero hemos de estar atentos. También yo sé que esos cuatro cuervos no sabían nada, pero ¿quién vuelve ahora a Milán, eh? ¿Quién? Hemos quemado esa plaza, es una tierra que duele, ¿entendido? El ducado entero, cerrado, nada, ya no podemos poner los pies en él, si no es con riesgo y peligro para nosotros. ¿Y cómo vamos a recuperar el dinero de las partidas que hemos entregado?

João lo tranquiliza:

–Nos recuperaremos por otro lado.

Sirvo la segunda ronda de vino:

–Olvidémonos por un tiempo de Milán. De todas formas, mantengámonos todos con los ojos bien abiertos: la Inquisición está organizándose mejor. Paulo Tercero es un medroso, un intrigante, pero no durará eternamente. Todos los destinos estarán pendientes del próximo Papa. Incluso los nuestros.

Los tres socios asienten a la vez. No es preciso decir nada más: compartimos las mismas preocupaciones.

El diario de Q.

Milán, 2 de mayo de 1547

La carta de presentación de Carafa ha surtido su efecto: he podido leerlo en la frente perlada de sudor de fray Anselmo y en los gestos afectados de sus colaboradores. Un extraño murmullo a mi alrededor. Oídos aguzados y la mirada baja.

Fray Anselmo Ghini, cuarenta y dos años, los últimos dos pasados cribando escrupulosamente textos reputados de heréticos, para la Congregación del Santo Oficio. Se ha estado retorciendo las manos mientras ha durado el interrogatorio, detrás de una de las mesas de trabajo de la sala de lectura del convento de los dominicos. El ir y venir agitado a mis espaldas no se ha detenido ni por un instante, como si fuera yo el inquisidor. Un nerviosismo palpable en todos los presentes de la sala. Hemos hablado en voz baja.

Giovanni Miches, el nombre ha sido dado por un librero al que se encontró en posesión de diez ejemplares de *El beneficio de Cristo*. Una vez comprobada su presencia en la ciudad, Miches fue detenido el 13 de marzo. Iba acompañado de su hermano Bernardo, su ayudante Eduardo Gómez y del librero Pietro Perna, que no fueron retenidos. El primer interrogatorio fue llevado por fray Anselmo Ghini.

Preguntado por los motivos de su presencia en Milán, Miches habló de un encuentro inminente con el gobernador, el duque Ferrante Gonzaga, en relación con la intercesión ante el Emperador para desvincular algunas propiedades de la familia en Flandes.

Negó estar implicado en modo alguno en la difusión de *El beneficio de Cristo*, aunque admitió sus intereses en la impresión, declarando ser socio de los mayores impresores venecianos: Giunti, Manuzio y Giolito. Miches añadió conocer la existencia de *El beneficio de Cristo*, no de su contenido, que no le interesa en absoluto. Además, dijo sentirse asombrado por el interés suscitado por un escrito que circula por Venecia sin ningún tipo de restricción.

Al día siguiente, tras un segundo interrogatorio, cuyas actas no se han conservado, Miches fue puesto en libertad. A mi pregunta sobre el motivo de dicha omisión, fray Anselmo respondió en esa ocasión que no habían aparecido nuevos elementos con respecto al día anterior.

Primeras evidencias: Giovanni Miches es sin duda un tipo listo que hace gala de amigos influyentes. No se hace ostentación de relaciones tan empingorotadas si no se está en condiciones de demostrarlas.

¿Quién es Giovanni Miches?

Fray Anselmo no dice toda la verdad: demasiados titubeos, demasiadas incongruencias.

¿Y por qué no fueron detenidos los compadres de Miches?

¿Por qué no hay un rastro de las actas del segundo interrogatorio?

Hoy he tomado nota. Mañana veré el fundamento que tienen los mal disimulados temores de fray Anselmo.

Milán, 3 de mayo de 1547

En la celda de fray Anselmo. Nadie a la escucha.

Ha bastado menos de lo que pensaba: el nombre de Carafa evoca un ciego temor.

Miches ha pagado.

El fraile se ha puesto a balbucear tan pronto como lo he intimado a que dejara de contar patrañas. Estaba temblando, sentado en el camastro, yo de pie inclinado sobre él. Ha necesitado un rato antes de que comenzara a justificarse.

Se habían informado: Miches conoce realmente al gobernador de Milán. Muchos caballeros tienen negocios con él, dependen de su bolsa, las cosas aquí no son como en Roma, quien manda es el Emperador y a Gonzaga no le gusta que se pongan bajo sospecha a sus amigos. Aquí no es como en Roma, conviene ser cautos.

Se habían informado: un pez gordo, una familia poderosa. Por eso no había detenido a los demás. Banqueros, el Emperador toma dinero prestado de sus arcas. ¿Cómo puedes tener encarcelado a alguien así? La misma guardia del duque habría venido a llevárselo. Por lo que siempre era preferible sacar algo. Algo para el convento. No se trataba de corrupción, es un trabajo difícil, plagado de obstáculos. Aquí no es como en Roma.

Me ha implorado que no informara de ello a Carafa. Un miedo cervical.

Le he dicho que desde hoy trabajará para mí, pasándome toda la información que sea útil.

Me ha dado las gracias, me ha besado la mano.

Alejandro Rojas. Consejero particular del arzobispo de Milán. O el informador español que Carafa ha pagado a su calcañar.

Está avejentado y muy gordo: mérito de la mesa del obispo. Ha confirmado todo y ha añadido otras noticias.

Juan Micas, alias João Miquez, alias Jean Miche, alias Johan Miches, alias Giovanni Miches. De la rica familia sefardita de los Miquez unida a la de los Méndez, banqueros del Emperador.

Un patrimonio considerable y tortuosos recorridos. Siempre en equilibrio entre la gloria y la desventura, pero también capaces siempre de encontrar una vía de salida. La conversión al cristianismo no ha servido para impedir que sus amigos de antaño se transformaran al día siguiente en sus perseguidores. Hábiles y astutos como pocos, su fortuna despierta la codicia de muchos, pero han aprendido a defenderla. Al cabo de algunos años se trasladaron a Venecia, donde emprendieron actividades comerciales varias.

Judíos conversos. Banqueros sin prejuicios. Conocidos en las cortes de media Europa.

¿Qué interés pueden tener en difundir El beneficio de Cristo? ¿Simples negocios? Cabe dudarlo.

¿Aliados secretos de los espirituales? Comprobar.

Con toda seguridad cuentan con los medios y los contactos para difundir el libro como si fuera una mancha de aceite.

Otras consideraciones: la máquina que Carafa construye día a día está lejos aún de ser perfecta. No todos los hombres son de fiar. Milán y Venecia no son Roma. Cada estado tiene su propio amo y señor, cada amo y señor establece los límites aceptables de la corrupción.

Carafa deberá tenerlo en cuenta.

Milán, 4 de mayo de 1547

Ya puedo irme de aquí. Fray Anselmo y los demás pusilánimes saldrán disparados a cada petición mía. Los desplazamientos de los Miquez y de sus socios por estas regiones no pasarán inadvertidos. Recoger cualquier detalle que sea útil. Los tengo cogidos a todos por las pelotas.

Carta enviada a Bolonia, al Concilio ecuménico, desde la ciudad ducal de Ferrara, dirigida a Gianpietro Carafa y fechada el 13 de junio de 1547.

Al ilustrísimo y reverendísimo cardenal Giovanni Pietro Carafa, en Bolonia.

Señor mío meritísimo:

No me he decidido a comunicar a Vuestra Señoría los resultados de mi investigación hasta este momento por lo obligado que era obtener los elementos necesarios para poder trazar el cuadro en su conjunto.

Y debería añadir que no obstante no es posible hablar aún con certeza absoluta de todo cuanto me apresuro a exponer, ya que las personas con las que tenemos que vérnoslas son muy astutas y previsoras.

Pero voy enseguida a los hechos. Después de haber viajado entre Milán, Venecia y Ferrara y haber establecido contacto con los inquisidores de estas ciudades gracias a las credenciales que me ofreciera V.S., he llegado a recoger los indicios suficientes como para poder afirmar que la inexplicable difusión en toda la península de El beneficio de Cristo es imputable a una de las familias judías más importantes de Europa, cuyos integrantes, convertidos a la religión verdadera, son conocidos en la corte imperial como Mendesi, por el nombre del difunto Francisco Méndez, banquero español, íntimo del Emperador, consorte de doña Beatriz de Luna. Esta última debe ser considerada la matriarca de la familia, residente todavía en la actualidad en Venecia, interesada desde siempre en la impresión y en la literatura en general, aparte de en los negocios y el comercio. Conjuntamente con sus sobrinos, se dedica a financiar no solo la mayor parte de las publicaciones de tema judío, sino también a autores cristianos, profundizando en su propia doble religión.

La familia no es extensa: dona Beatriz tiene una hija, Reyna, y una hermana, una tal Brianda de Luna, viuda nada menos que del hermano de Francisco Méndez, Diego, y a su vez, madre de una joven en edad de merecer, Gracia la Chica.

Los hombres de la familia son los hijos de un difunto hermano: Giovanni (al que los venecianos conocen como Zuan) y Bernardo Miquez. Para un total de no más de seis miembros, cuatro son mujeres.

A pesar de ello, los negocios que los Mendesi mantienen con los más importantes armadores y mercaderes venecianos son increíbles.

Su riqueza debe de ser enorme y sus intereses llegan a implicar a algunas de las familias patricias más antiguas de Venecia.

Pero lo que más interesará a Vuestra Señoría es sin duda el intenso comercio de libros que tiene a ellos como mecenas, socios de los impresores y no responsables últimos de la difusión. Sobre esta última actividad en particular he indagado durante la estancia veneciana del último mes y los descubrimientos han sido bastante interesantes, hasta el punto de conducirme aquí, a Ferrara, tras la pista del libro prohibido.

Pero conviene que vaya por partes.

Llegué a Venecia con débiles indicios respecto a la implicación de João Miquez en la difusión de *El beneficio*.

La única persona que consideraba en condiciones de darme alguna información útil era Bernardino Bindoni, el primer impresor de *El beneficio de Cristo*. Bindoni es un pequeño impresor rencoroso con los más grandes colosos como Giunti o Manucio, mezquino y, en definitiva, reticente y poco dado a hablar del asunto; asunto al que se ha referido siempre en pasado, las pocas veces que se le ha escapado alguna alusión.

Pero al abandonar desilusionado su establecimiento tuvo la osadía de aconsejarme que si estaba interesado precisamente en adquirir una partida de *El beneficio de Cristo* debía dirigirme a los Judíos.

Ha sido más que una confirmación.

El impresor judío Daniele Bomberg me ha mandado, al final, a uno de sus colegas, Usque de Ferrara.

Y aquí estoy en los territorios del duque Hércules II de Este. Si tuviera que imprimir un libro declarado herético por el Concilio es este indudablemente el lugar que elegiría. Aquí donde la Inquisición tiene las manos atadas por el duque, hombre sanguíneo y que no admite ninguna injerencia de Roma. Ferrara, a medio camino entre Venecia y Bolonia, entre la Serenísima y el Estado Pontificio, pequeña marca independiente con fácil salida al mar.

Ha sido un trabajo lento, de espera, pero que ha valido la pena. Las barcas fluviales descienden por el brazo del Po desde Ferrara hasta la costa, donde embarcan la carga en naves mercantes que se dirigen al sur. Hay nuevas razones para considerar que los Usque adoptan el mismo medio para hacer llegar las partidas de libros a las naves venecianas que hacen escala un par de millas litoral adentro. Así se explicaría la difusión de *El beneficio* a lo largo del Adriático, a través de las naves equipadas por los Mendesí en Venecia, mandadas lejos de las costas ferraresas para añadir los libros a su carga normal, y que se dirigen a continuación al sur, circunnavegando la península.

Y sin embargo todo esto no desvela aún nada. Puesto que, señor mío meritísimo, lo que se escapa aún es el porqué, por qué una rica familia sefardita está interesada en difundir un libro cristiano.

Para favorecer a los adversarios de Vuestra Señoría, para ayudar al cardenal Polo y a los espirituales. Esta es la respuesta probable. Para hacer que sea cada vez más difícil aislar y golpear a los promotores del libelo herético, como es intención de Vuestra Señoría.

Pude darme cuenta en Venecia de las sutiles estrategias de supervivencia adoptadas por estos ricos judíos. Los Mendesi sostienen su propia fortuna sobre un bien calibrado equilibrio de poder, intercambios de favores, participaciones comerciales, fajos de billetes. Esta es la manera como han conseguido hasta ahora escapar siempre a las persecuciones. Gente como ellos saldría perdiéndolo todo con un aumento del poder de la Congregación del Santo Oficio, con el triunfo de la intransigencia. Con toda probabilidad esperan que sean gentes como Reginaldo Polo las que acaben imponiéndose a los guardianes de la ortodoxia, o bien hombres de letras moderados y tolerantes, hoy dispuestos a dialogar y a pactar con los luteranos, mañana tal vez con los judíos.

En Venecia esta gente es bastante poderosa, no hasta el punto de ser intocables, pero sin duda es difícil llegar hasta ellos con los medios normales. Los judíos en general son un componente esencial de la vida de dicha ciudad, formando a tal punto parte de ella que sin los judíos Venecia correría el riesgo de hundirse. Tal como Vuestra Señoría sabe perfectamente, el orden de la Serenísima se sostiene sobre un delicado encaje de competencias y poderes, de política y comercio, en el que es poco menos que imposible encontrar una fisura. Atacar a una familia como los Mendesi significaría tocar un nervio vivo de Venecia, con todas las consecuencias del caso.

Por el momento me mantendré en Ferrara a la espera de una respuesta de Vuestra Señoría y tratando de recoger posteriores elementos sobre el desarrollo del asunto de El beneficio.

Beso las manos de Vuestra Señoría y me encomiendo a su gracia,

De Ferrara, el día 13 de junio de 1547,
el fiel observador de Vuestra Señoría,

Q.

Carta enviada a Bolonia desde la ciudad de Viterbo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 20 de septiembre de 1547.

Al ilustrísimo y reverendísimo Giovanni Pietro Carafa.

Muy honorable señor mío:

La noticia del asesinato del hijo del Papa, Pier Luigi, duque de Parma y Piacenza, ha llegado hasta aquí, despertando en el servidor de Vuestra Señoría todo tipo de tristes presagios.

Creo, en efecto, que son fundados los rumores que atribuyen a Gonzaga dicho crimen. Por lo demás no es difícil incluir este homicidio en el complejo cuadro de acontecimientos que van tomando forma; si se piensa que Ferrante Gonzaga gobierna Milán en nombre del Emperador y que desde hace tiempo tiene miras expansionistas sobre Piacenza, no es difícil colegir qué sucio cambalache ha tenido lugar: la eliminación de Pier Luigi Farnesio favorece a Gonzaga tanto como a Carlos V, puesto que ello supone una intimidación gravísima a Su Santidad Paulo III.

Creo que se trata de la advertencia imperial en respuesta a las débiles señales de alianza que Su Santidad ha lanzado al nuevo rey francés.

Pero Carlos no tiene ninguna intención de dejar pasar la ocasión favorable que el destino le brinda: en un solo año han muerto dos de sus más antiguos adversarios, el cismático Enrique VIII de Inglaterra y el belicoso Francisco I de Francia. A esto se añade la victoria obtenida por el ejército imperial sobre la Liga de Smalkalda en Mühlberg: los príncipes protestantes han acusado el duro golpe y esto viene a reforzar no poco al Emperador.

Así pues, no hay que asombrarse de que también en Italia el Habsburgo vuelva al ataque. Lo que no pudo mediante la diplomacia en el Concilio de Trento, podría obtenerlo colocando en el solio pontificio a su candidato papal, a ese Reginaldo Polo al que Vuestra Señoría prefiere ver apartado de Italia de una vez por todas.

Hoy más que nunca es preciso actuar con la debida cautela, a fin de evitar que el daño se vuelva irreparable.

Y ahora voy a referir, en efecto, los más recientes avances relativos a la tarea que V.S. me asignara.

Gracias a las referencias proporcionadas por Vuestra Señoría estoy en contacto epistolar con las autoridades policiales y los inquisidores de algunas grandes ciudades de la península. Por lo que he podido

comprobar, el radio de acción de los distribuidores de El beneficio de Cristo está ampliándose: hace diez días fueron encontrados doscientos ejemplares del libelo en Nápoles. Este es el más importante de los seis secuestros que han tenido lugar hasta ahora. En dos de ellos, con objeto de encubrir el transporte de los libros, se aparentaba estar haciendo negocios de la rica familia sefardita de los Mendesi, de cuya implicación en la operación podemos ahora estar más que seguros.

He obtenido de las autoridades locales una primera lista de nombres de personas que creo que es mejor vigilar a distancia.

Simone Infante, en el reino de Nápoles; Alfredo Bonatti, para los ducados de Mantua, Módena y Parma; Pietro Perna, en el ducado de Milán; Nicolò Brandani, en Toscana; Francesco Strozzi y Girolamo Donzellini en Venecia.

Se trata de un proveedor de la corte de Nápoles, de un cortesano que goza del favor del duque de Mantua, de un vendedor ambulante que intercambia libros con los exiliados basilenses, de un miembro del gremio de la lana de Florencia y de dos literatos escapados de Roma.

Estas personas nos revelan mucho acerca de la aceptación que puede tener en Italia El beneficio. Se trata de personajes cultos, próximos a las cortes de sus señores y susceptibles de servir de vehículo de ideas entre la nobleza y los miembros de las clases mercantil y artesanal. Peces chicos que, sin embargo, pueden volverse peligrosos con el paso del tiempo.

Mi consejo es que, si no es posible procesar a los poderosos Mendesi, podría ser conveniente comenzar por los últimos eslabones de la cadena para hacer sentir en el cogote de los sefarditas el aliento del Santo Oficio.

No me queda sino decir que espero órdenes de Vuestra Señoría, encomendándome a vuestra gracia.

De Viterbo, el día 20 de septiembre de 1547,
el fiel observador de Vuestra Señoría,

Q.

CAPÍTULO 25
Venecia, 2 de enero de 1548

Al atardecer, en un salón de casa de los Miquez. Beatrice, ahora de pie enfrente de mí, silenciosa, su forma se recorta contra una ventana que da a poniente. Contraluz, sus rasgos ahora más vagos y confusos. Sentado en una otomana, tomo vino griego. Lo llaman retsina. Un vino aromático, con sabor a resina de pino marítimo.

Convocado no hace ni una hora, un mensaje entregado por un chiquillo. Pensaba que habría alguna novedad, pero no está João, ni tampoco su hermano, ni Duarte Gómez, nadie. La servidumbre se ha retirado también después de mi llegada. Una vez traspuesto el portal, dos pasos más allá del umbral: Beatrice, sonriente.

Rumores amortiguados, voces lejanísimas, mientras bebo de este vino del que Perna no me ha hablado nunca, entre alfombras, pinturas, objetos y colores nunca antes vistos, ni siquiera en Amberes.

Una quietud inesperada en las callejas y catacumbas en las que me muevo día y noche desde siempre. Una quietud que me lleva más allá de este invierno, más allá de todos los inviernos. No lo que debo hacer, sino lo que podría ser.

Con esta mujer, distinta de todas las mujeres que he conocido.

Su flamenco que ningún flamenco sabría entonar, libre de toda aspereza, hecho de silbos, largas vocales y sonidos para mí inauditos. Ecos de distintas lenguas nórdicas y romances traídos ya por el gregal, ya por el ábrego, llegados de levante y de poniente para resonar a lo largo de mi espinazo. Quizá un día todos los hombres y las mujeres, en los cuatro rincones del continente, modulen estas notas, tranquila cantinela paneuropea, polifónica, rica de mil variantes locales.

Su sonrisa. Sola. Sola aquí conmigo. La reina madre de la dinastía de los Miquez, que trata con aristócratas y mercaderes, protege a los artistas y a los estudiosos. Una reina en una ciudad de rufianes y cortesanas. Los poetas de los que es mecenas le dedican sus obras. Hojeo el libro de un tal Ortensio Lando: «A la muy ilustre y honorable Beatriz de Luna». Su risa, nada de embarazo sino divertida conmisericordia.

Me pregunta por el Tonel, por su gestión, las chicas. Se sienta a mi lado. Esta mujer que no está ansiosa por conocer lo que yo he sido, saber cuáles y cuántos ríos de sangre he vadeado. Esta mujer a la que no le importan mis muchos nombres. Esta mujer curiosa de mí ahora. De mí ya. Esta mujer que ahora me habla de mi humanidad, que

dice sentirse provocada por mí, poder notar mi humanidad bajo la coraza que llevo desde hace demasiado tiempo, bajo la materia refractaria en que he transformado mi piel para no verme nuevamente herido.

Otro sorbo de vino.

Esta mujer. Esta mujer que me quiere.

Beatrice.

Lo que podría ser.

Ya.

CAPÍTULO 26
Delta del Po, 26 de febrero de 1548

A lo largo del brazo del Po que une Ferrara con la costa, con quinientos ejemplares de El benefido de Cristo cargados en dos embarcaciones que han puesto a nuestra disposición los Usque. El sol está alto sobre las limosas aguas, escrutadas por las aves a la caza de algo que comer sobre nuestras cabezas y en los roquedales del río. El húmedo frío nos deja ateridos, bajo las pesadas capas de lana.

Reparo en ellos demasiado tarde.

La barca que transporta la primera mitad de la carga da un golpe de timón delante de nosotros: desvía la proa a la derecha para evitar la balsa que ha aparecido de improviso de entre el cañaveral hacia el centro del río. A mis espaldas el juramento del timonel. En cuestión de segundos la barcaza desaparece por un canal secundario, la emboscadura invisible debido a la tupida vegetación. La balsa inmediatamente detrás, a bordo tres formas encorvadas.

Instintivamente echo mano al arcabuz, trato de apuntar, pero ya han desaparecido. Al timonel:

—¡Sigámoslos!

Un brusco viraje, para no quedarse atrás. Se oyen gritos y zambullidas en el agua, tomamos por el estrecho canal, únicamente para toparnos con el bracear confuso de los dos barqueros. La balsa y la barca están alejándose. Los subimos a bordo. Uno pierde sangre por una sien, la cabeza medio rota.

—¡No hay que perderlos!

Sebastiano el Jorobado se pone a jurar y planta la larga pértiga en el fondo, empujando hacia delante.

Mientras envuelvo la cabeza del herido con un paño, me vuelvo hacia el otro superviviente:

—¿Quiénes coño son?

Responde casi sin aliento:

—Bandidos, don Ludovico, una emboscada. Bandidos sin Dios. ¡Ved en qué estado lo han dejado!

También yo empuño una pértiga, erguido en la proa, surcando un recodo desconocido. La voz cavernosa del barquero de los Miquez:

—Esto es peor que un laberinto, señoría. Pantanos y serpientes, miles y miles. De esta no vuelve nadie.

Protesto:

—Hay más de media carga en esa barca. No tengo la menor intención de perderla.

Entreveo la popa de la barca, no viajan demasiado rápidos, tal vez no se esperan ser perseguidos. Otro recodo desconocido a la izquierda y luego de nuevo la entrada de un estrechísimo canal nos hace perder la orientación. Mediodía, hace un sol de justicia, el horizonte inaccesible: ningún punto de referencia. Estamos ya por lo menos a un par de leguas lejos del río.

Empujo la pértiga con todas mis fuerzas, mientras pienso que solo había venido a Ferrara a despachar un encargo. Si me pongo a pensar dónde estoy y lo que estoy haciendo, casi me entran ganas de echarme a reír, pero me contengo, ya que detrás de mí Sebastiano escupe, jura y suda la gota gorda mientras golpea el fondo del río.

Veo desaparecer ante mis ojos las dos embarcaciones, como tragadas por el agua. Busco un detalle, un simple detalle en la orilla del canal para fijar el punto exacto en el que las he perdido de vista. Un árbol muerto, con las ramas inmersas.

—¡Más rápido, más rápido!

Las blasfemias de Sebastiano marcan el ritmo de las brazadas. He aquí el árbol. Hago un gesto al Jorobado para que se detenga. Hurgo en la orilla opuesta con la pértiga, hasta descubrir un punto en el que el cañaveral se vuelve un poco más ralo. No parece un paso practicable, pero no pueden haber ido por ninguna otra parte.

—¡Adentro!

Sebastiano insiste:

—Señoría, hacedme caso, por ahí es imposible pasar.

Una ojeada al herido. La hemorragia se ha detenido, pero ha perdido el conocimiento. El otro barquero me mira con decisión y recoge un pequeño remo:

—Vamos.

Abro camino a la barca separando las cañas, que vuelven a cerrarse sobre nuestras cabezas y detrás de nosotros. Con la ayuda de la pértiga exploro el cañaveral palmo a palmo, a escasa distancia de la proa. Esta selva podría extenderse uniforme y compacta a lo largo de muchas leguas alrededor de nosotros. He de pensar únicamente en el invisible sendero de agua que la atraviesa, presintiendo dónde presenta menos resistencia la vegetación. Avanzamos cautelosamente, en absoluto silencio. Las cañas se terminan de repente. Una marisma se extiende hasta un islote llano y arenoso.

La barca. Cinco hombres: uno la asegura, los otros cuatro transportan dos cajas. Se adentran por una lengua de tierra. Mis dos remeros reanudan el ritmo, mientras yo vuelvo a coger el arcabuz. No

nos han visto. Surcamos raudos las aguas estancadas. Levanta la mirada demasiado tarde, cuando ya estoy apuntando. El disparo levanta bandadas de aves en todas las direcciones. Cuando el humo se despeja lo veo arrastrarse hacia sus compañeros. Una caja es abandonada, lo cargan a hombros. De repente, nos quedamos encallados junto al islote. Desenvaino la daga y soy el primero en saltar a tierra: en el lodo hasta la cintura, plantado como un palo. Hasta me dan ganas de reír. Sebastiano salta a tierra más allá y me saca en peso.

—¡Vamos, vamos, señoría, que se nos escapan!

Al otro barquero:

—Carga el arcabuz y quédate de guardia en la barca.

Al trote corto por la lengua de tierra. Los vemos echar a andar con la caja y el herido. Las blasfemias de Sebastiano son proyectiles disparados sobre los fugitivos. Voy con la lengua fuera y tengo muchas ganas de echarme a reír.

Otro claro inundado y lleno de islotes atestados de cañabrava. Si corro un poco más seguro que me revienta el corazón.

De repente se paran.

Aminoró la marcha.

Sebastiano se pone a mi lado lanzando escupitajos. Respiro a pleno pulmón, cargo la pistola. Avanzamos, parecen armados solo con bastones. El herido está extendido en el suelo, podría estar muerto. Caras mugrientas y espantadas, sucios jirones cubriéndolos. Flacos, el pelo pegoteado a la cabeza como casquetes de barro. De una flacura que impresiona, pies descalzos. Ahora estamos ya muy cerca, apunto con la pistola, una ojeada al pobre miserable que se encuentra en el suelo: no está desmayado, parpadea. No veo sangre.

En ese momento, aparecen.

Un breve susurro de cañas y asoman una treintena de fantasmas harapientos, bastones de punta acerada y hoces en mano.

Mierda.

En torno, la marisma hasta donde alcanza la vista, mis bonitas ropas, el jorobado Sebastiano apoyado en la pértiga, rodeados por los salvajes.

Así pues, ¿así tenía que terminar la cosa?

Esta vez me río. Me río con ganas, desenfadadamente. Con la risa saco fuera la tensión y el cansancio. Debe de asombrarlos no poco, porque aprietan sus herramientas contra el pecho y se echan para atrás dubitativos.

De la tupida vegetación se alza un alboroto. Una forma destaca sobre todas las demás. Una cogulla cubierta de barro, dos palos atados formando un crucifijo cuelgan de su cuello. En la mano aprieta

un nudoso bastón, con el que suelta golpes a diestro y siniestro, mascullando palabras incomprensibles.

Se acerca a la caja y la abre. Veo que levanta la vista al cielo, desconsolado. Increpa de nuevo a la turba en tono de reproche.

Viene hacia nosotros:

—Perdón, perdón, fratres, perdón.

La barba gris más larga que la mía, incrustada de barro e insectos. Los ojos, dos brasas azules entre las arrugas en las que parece anidar una mugre secular. Los cabellos le llegan hasta los hombros y recuerdan el nido de un pájaro.

—Perdonad, fratres. Mentis simples, sicut pueri. Para comer, comer solum. Nunquam libres videro, no saben.

En ese momento comienzo a notar movimiento en los islotes. El cañaveral tiene un orden artificial, se entrevén tabucos, sombras animadas. Amplias redes sujetas por cuerdas y palos a flor de agua.

Una aldea. ¡Dios mío, el cañaveral es una aldea!

—Ellos no conocen vuestra misión. No pueden. No saben leer. No malvados, ignorantes. Yo —se lleva la mano al pecho—, fray Lucifer, franciscano.

Busca las palabras:

—No temáis, fratres reverendísimos, yo sé. Misales de abadía. —Señala la caja—. Libros cristianísimos. Ellos no saben.

Se vuelve hacia su grey, con frases imposibles de entender para nosotros, pero que suenan como algo tranquilizador.

—Venid, venid.

Como una señal, y el claro cobra vida. Mujeres y niños salen de las cabañas y se asoman a la marisma. Los hombres afluyen hacia las casuchas en medio de un vocear difuso. El herido es levantado, habla, comparte también el estupor de los demás.

Sebastiano está con la boca abierta. Me lo llevo, intimándolo a que se esté callado.

Fray Lucifer, portador de luz al pueblo de los marginados, ocultos en las marismas del Po como en una fortaleza inexpugnable. Una marisma que se extiende desde la desembocadura del río hasta la región de las Romañas. Tierra de nadie, lejana y salvaje como el Nuevo Mundo. Fray Lucifer, dispuesto a evangelizar a estos olvidados hace casi treinta años, y olvidado a su vez él también aquí. Lejos de la lengua corriente y del destino de los estados. Perdido en medio de una mancha de tinta en el mapa, siguiendo el ejemplo del hermano Francisco de Asís, como si hubiera arrancado la cruz de Cristo para plantarla en las arenas movedizas de estas landas, desafiando la superstición pagana.

Treinta años.

Casi imposible de imaginar. Treinta años de distancia de los destinos de la Iglesia. De Lutero, de Calvino, de la Inquisición y del Concilio. Cultivando una fe fundada en la pura caridad con los humildes.

Haciendo caso omiso de nuestras ropas, nos ha tomado por misioneros igual que él, fray Tiziano y fray Sebastiano, enviados por la abadía de Pomposa, a fin de difundir la doctrina y el libro para enseñarla. Nos ha cubierto de sinceras lisonjas y pedido que oficiáramos la misa en su lugar. No he podido negarme.

Y así don Ludovico, regentador del burdel más lujoso de Venecia, bajo la apariencia de fray Tiziano, se ha encontrado ante el pueblo entero de la marisma celebrando el único rito religioso del que es capaz. Ha rebautizado a todos los adultos. Del primero al último.

En el momento del regreso se nos ha proporcionado un guía y un barril de anguilas vivas como regalo, a cambio de una nueva fe y de dos copias de El beneficio de Cristo.

El diario de Q.

Viterbo, 26 de febrero de 1548

Si puedo preciarme de conocer al viejo, este comenzará por los peces chicos tal como le he sugerido. Los libreros, los intermediarios, los impresores. Y si esto no basta para intimidar a los peces gordos, los financiadores de la operación, entonces ya se le ocurrirá algo para quitarlos de en medio. El viejo no actúa nunca impulsivamente, sabe esperar. También la muerte parece esperarlo, parece que no tenga ganas de llevárselo hasta que no vea cumplido su plan. A gente como Reginald Pole no la quita uno de en medio fácilmente, y mucho menos a familias influyentes como los Mendesi. Hay que pensar algo complejo, deshacer equilibrios consolidados. Los ricos judíos venecianos son personajes astutos, habituados a verse perseguidos, a pagar para salvarse, a estrechar fuertes vínculos con literatos y comerciantes, para convertirse casi en una misma cosa con ellos. Los Mendesi despiertan una obligada admiración, y sobre todo las mujeres, esas mujeres que han tenido que aprender el arte de la negociación y del subterfugio, de los negocios y de la política.

Pero poner en contra de uno a Carafa es siempre un error. Un error garrafal. ¿Quién mejor que yo para saberlo, que le sirvo desde hace treinta años?

Entretanto las noticias de los inquisidores venecianos anuncian nuevas preocupaciones en relación a la difusión de El beneficio de Cristo. Parece que en los campos están teniendo lugares episodios incontratables.

Noticias de Venecia

—La Inquisición veneciana anda tras la pista de un franciscano, conocido con el apodo de fray Álamo, activo en la zona de Polesine. Muchos campesinos de esa región han revelado bajo confesión haber sido bautizados por él «en la nueva fe del beneficio de Jesucristo».

—Al otro lado del Po, una familia de pescadores se negó a hacer bautizar a su hijo, «ya que todavía no puede comprender el misterio de Jesucristo en la cruz». No hicieron la menor mención a fray Álamo.

—En Bassano una mujer ha pedido refugio en un convento de monjas, porque el marido la pegaba para convencerla de que se hiciera bautizar de nuevo. En casa del hombre ha sido encontrado un ejemplar de *El beneficio de Cristo*.

La burda religiosidad popular consigue dar vida a las más absurdas mezcolanzas. Ideas complejas en mentes elementales. ¿De dónde ha salido la idea de rebautizar a los adultos? Seguro que no del contenido del libelo herético.

Enterarse de noticias posteriores.

¿Hablarle de ello a Carafa?

27 de febrero de 1548

¿Por qué no ha usado todavía el viejo *El beneficio de Cristo* como arma contra Pole y los espirituales? ¿Por qué no ha desaprobado aún a los adversarios? Le bastaría con bien poco: sobre el libro se cierne la excomunión del Concilio, por lo que al viejo le bastaría con encarcelar a fray Benedetto de Mantua y hacerle decir los nombres de sus tutores, de quién recibió el encargo del texto, quién lo redactó e imprimió.

Es probable que Carafa tema jugar sus bazas demasiado pronto. Está esperando aún. Pero ¿qué? Paulo III no tiene para mucho tiempo y el inglés podría convertirse en Papa, para gran alegría del Emperador, que vería emprenderse una reconciliación con los protestantes.

Quizá sea justo esto lo que el viejo espera pacientemente, el golpe letal, lanzado en el último momento. Pero ¿cuánto cree poder vivir aún?

El diario de Q.

Viterbo, 4 de mayo de 1548

Fray Michele de Este, prior del convento de San Buenaventura, en Rovigo, interrogado por los inquisidores de la Serenísima con fecha del 12 de marzo de 1548, en relación a la actividad de un tal fray Álamo, sospechoso de herejía.

Un nombre y un apellido: Adalberto Rizzi, franciscano del convento de San Buenaventura, desaparecido a finales de enero de 1547, juntamente con un huésped alemán, un peregrino que dijo llamarse Tiziano, quien lo habría rebautizado con el agua de un charco.

Otras noticias llegadas a los inquisidores venecianos

–Vicenza, 17 de marzo de 1548: arrestados un carpintero y un tabernero, sorprendidos ladrando durante un bautismo. Interrogados sobre quién los había convencido de que «bautizar a los recién nacidos es como lavar a los perros», respondieron: «Uno que profesa la fe de Alemania, y lo hace con autoridad, porque es alemán».

–Padua, 6 de abril de 1548: el estudiante Luca Benetti sostiene públicamente que «el bautismo es inútil para las mentes que no pueden conocer los misterios de la fe, y especialmente el del beneficio de Cristo hacia toda la humanidad».

Tras oírle en relación con sus afirmaciones, sostiene que le fueron sugeridas por un literato alemán de nombre Tiziano.

Elementos del cuadro

Rovigo. Bassano. Vicenza. Padua.

Un recorrido, un camino. ¿Un viaje? O bien un semicírculo, cuyo centro es indudablemente Venecia.

Un alemán. Un alemán, cuya presencia quizá explica el origen de la idea del segundo bautismo.

(¿Un anabaptista?)

Un alemán que dice llamarse Tiziano. Regala ejemplares de El beneficio de Cristo y rebautiza a los lugareños.

Tiziano el Alemán.

El Fondaco dei Tedeschi en Venecia. Los frescos pintados por Giorgione y por su alumno Tiziano en las fachadas del Fondaco.

Nuestro anabaptista es un alemán que vive en Venecia.
Que es como decir una aguja en un pajar.

5 de mayo de 1548

Hay un tiempo y un lugar en el que cada cosa tiene un principio y un fin. Y luego hay cosas que en cambio retornan. Reaparecen de entre los recovecos del alma cual pedazos de corcho en la superficie de un lago. Poco menos que amenazas oscuras, o razones para vivir, venganzas, fragmentos, briznas.

Hay un tiempo para la guerra y un tiempo para la paz. Hay un tiempo en el que cada cosa puede ser hecha y aquello para lo que no hay elección, porque de repente el coraje y el entusiasmo de veinte años desaparecen bajo las arrugas del rostro.

Y comienzas a temer la llegada de un mensajero. ¿Cuál será el próximo encargo? Temo el desagrado que recorre el estrecho camino que va del estómago a la mente. Algo que hay que ocultar detrás de la autoridad de las misiones cumplidas, detrás de la experiencia, y que sin embargo no puede desaparecer, es más, se torna cada día que pasa más fuerte, por cuanto querías mandarlo al fondo, incapaz de encontrar una razón, el pretexto de mil rostros, de hombres y de mujeres mandados al infierno.

Luego, un buen día, te ves diciendo que no fuiste tú. Que no empuñaste la espada. Y entonces comprendes que estás acabado.

El diario de Q.

Viterbo, 10 de agosto de 1548

Han llegado de Ferrara las actas del interrogatorio de un tal fray Lucifer, relativas a la difusión de la herejía entre las comunidades de los llamados «piratas del Po», vieja plaga de los mercaderes ferrareses, recientemente extirpada por el duque Hércules II de Este.

El interrogado ha dado señales evidentes de locura, declarando ignorar en qué año de gracia estamos viviendo y manifestando el convencimiento de que León X es todavía Papa.

Acusado de haber introducido rituales heréticos y paganizantes entre los fugitivos de la ley de las marismas y en particular de practicar el bautismo de los adultos, se ha defendido sosteniendo haber recibido esa consigna de un misionero, un tal fray Tiziano, que le fue enviado por el abad de Pomposa. Aquel le habría hecho entrega del librum de nova doctrina, El beneficio de Cristo, imponiéndole acto seguido el segundo bautismo.

He roto la carta. Los inquisidores de Venecia no son más que unos ineptos siervos del Dux. Ni siquiera saben qué es el anabaptismo. No darían con nuestro misionero anabaptista ni aunque lo buscaran durante cien años. Nunca dos veces en el mismo sitio. Cada señalización proviene de una localidad distinta y todas tienen como epicentro a Venecia. Como un plan. Basta con reunir todas las piezas. Un solo hombre que se mueve por los territorios de la Serenísima y de Ferrara rebautizando a la gente, dejando traslucir el nombre que ha elegido. Cuando llega la Inquisición, él ya ha desaparecido en la nada, caído de nuevo en la intrincada historia que lo ha vomitado. Resulta bastante obvio: no se trata de un peregrino, no es posible seguir sus pasos. Únicamente salidas muy concretas, de efecto seguro, bautiza, deja su nombre bien grabado en los oídos y desaparece. Si no, ¿por qué elegir un tan extraño y famoso nombre?

17 de agosto de 1548

De la confesión de fray Adalberto Rizzi, también conocido como fray Álamo, capturado en la orilla ferraresa del Po con fecha de 30 de junio de 1548 y detenido en las cárceles del duque de Este:

«Y me invitó a considerar que habiendo preguntado a un niño de cinco años quién era Jesucristo, le respondió: una estatua. Y de lo cual deducía él que no era justo suministrar la doctrina a mentes incapaces de comprender...».

«Dijo que la devoción por las estatuas y los simulacros abría el camino a una fe ignorante e inepta...»

«Sí, afirmó llamarse Tiziano y dirigirse a Roma...»

El niño y la estatua.

Estremecimientos. Estremecimientos en la cabeza.

El niño y la estatua.

Algo distante que se acerca a gran velocidad, arrastrado por un viento que barre la memoria.

El niño y la estatua.